

Módulo Lengua y Literatura



A cargo de las profesoras:

María de los Ángeles Oroño

María Belén Junco

Ana Sofía Bruselario

Adriana Cian

Introducción

Comenzamos invirtiendo las nociones que le dan nombre a este módulo: en primer lugar nos preguntaremos acerca de la **Literatura**, de sus particularidades y, posteriormente, recuperaremos algunos conceptos y aspectos importantes al convertir a la lengua en objeto de estudio.

¿Por qué presentamos la lectura de textos literarios? Para empezar a indagar la cuestión, exponemos las palabras de Roland Barthes:

Entiendo por Literatura no un cuerpo o una serie de obras, ni siquiera un sector de comercio o de enseñanza, sino la grafía compleja de las marcas de una práctica, la práctica de escribir. Veo entonces en ella, esencialmente al texto, es decir, al tejido de significantes que constituyen la obra, puesto que el texto es el afloramiento mismo de la lengua y es dentro de la lengua donde la lengua debe ser combatida, descariada: no por el mensaje del cual es instrumento sino por el juego de las palabras cuyo teatro constituye. (Barthes, 1974: 100)

Con el propósito de pensar, reflexionar, discutir, pensar y debatir esta cita, proponemos la lectura atenta de una obra de Liliana Bodoc: *Ondinas*. Del mismo modo en el que fluye el río en los relatos de Bodoc, la *palabra poética* es lanzada al azar en la mente de un lector, produce ondas superficiales y profundas, que disparan una serie de infinitas de asociaciones, de múltiples significados, de recuerdos de otras lecturas. Esta autora, con un justo equilibrio, entre la sutileza y lo conmovedor, invita a “saborear” la literatura de un modo especial, pues la escritura se encuentra dondequiera que las palabras tengan sabor –y recordemos que “sabor” y “saber” comparten en la misma etimología–.

Por el momento dejamos de hablar de Liliana Bodoc y le damos la palabra a la misma autora:



<https://www.youtube.com/watch?v=qOFyNOYp3MU>

Por otra parte, la lingüística es una disciplina que tiene por objeto de estudio a la lengua como un sistema de signos. Cada elemento que comprende dicho sistema, funciona en conjunto y se define por la relación que establecen con esa totalidad a la que pertenece.

Más allá de muchos aspectos que son compartidos, la lengua oral y la lengua escrita presentan singularidades que es conveniente conocer y estudiar. Estrechamente vinculado a esto, se encuentra el desarrollo de la competencia comunicativa de un estudiante que progresivamente se encontrará con textos de circulación académica.

Esperamos productivas jornadas de lectura, análisis, reflexión, de recuperación de conocimientos y de construcción de otros nuevos. ¡Buen trabajo!

ALFAGUARA

©2015, Liliana Bodoc

©2015, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.
Humberto I 555, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

www.megustaleer.com.ar

ISBN: 978-987-738-146-7

Hecho el depósito que indica la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: noviembre de 2015

Ilustraciones: Johanna Wilhelm

Realización gráfica: Laura Barrios

Edición: Violeta Noetinger

Seguimiento editorial: Paula Álvarez Arbelais

Bodoc, Liliana

Ondinas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : Alfaguara, 2015.

128 p. ; 22x14 cm.

ISBN 978-987-738-146-7

I. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Título.
CDD. A863.928 2

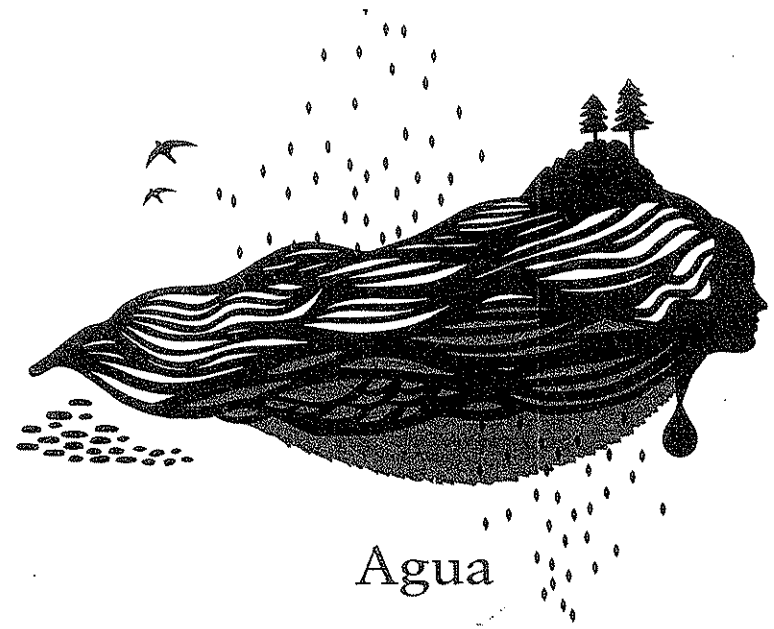
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ONDINAS

Liliana Bodoc

ALFAGUARA

*Nació Alondra con la bendición del Agua
y nuestras vidas se hicieron a la mar.*



Agua

La lluvia es agua que saltó al abismo.

El mar es agua bravía.

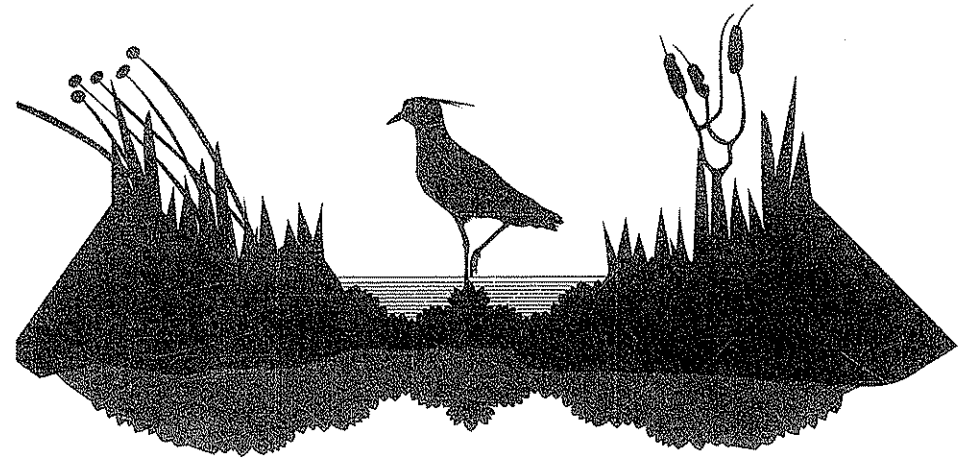
El llanto es agua picante
si baja por tus mejillas.

Agua con hueso es el hielo.

Agua rota, la cascada.

Agua obediente, el arroyo
que baja por las montañas.

¡Cuando el agua tiene sed
desaparece la playa!



El río estuvo allí (Historia en la confluencia)

Adela tenía sus manos para abanicarse el calor correntino. No se cubría la abundante cabellera enrulada que, por exigencia de los amos, ataba con fuerza.

Adela no tenía un rosario en el que hilvanar los padrenuestros. ¿Para qué? Ella tropezaba a diario con Dios y le sonreía.

Esa tarde, cuando abril era la mitad de un durazno y el sol la otra mitad, Adela Cabral lavaba ropa en el arroyo. Un piletón construido con piedras redondeadas retenía el agua y le daba espacio para refregar hasta los

cortinados de la sala. De pronto, una sombra cubrió su espacio. La lavandera giró.

—Buenas tardes.

¿Tanto saludo para ella?

La esclava se puso nerviosa y, por hacer algo, se levantó. Y por levantarse, dejó la blusa que estaba estrujando.

—Buenas tardes, amo Francisco.

—Se va —advirtió el joven.

La esclava había dejado la prenda, blanca y sedosa, sobre el borde de piedras. Ahí vio el arroyo su oportunidad de ayudar al destino. Tiró del extremo ondulante de la blusa y la arrastró en su corriente.

Cuando Adela advirtió la desgracia, no perdió tiempo en alzarse la falda. Entró al arroyo, corrió sobre las piedras, corriente abajo, se resbaló, se irguió rápido, siguió corriendo, corriente abajo, por el arroyo...

Ay, pero la blusa era un suspiro que se alejaba.

Francisco, en cambio, eligió adelantarse por la orilla. En el momento justo, se adentró en el agua. La blusa llegaba, llegaba... Y él le cortó el paso.

—¡La pesqué! —dijo, alzando la tela blanca con aire de triunfo.

Adela llegó a su lado, pálida y aliviada. Agradeció. Tomó la blusa chorreante y caminó de regreso al piletón para continuar con su trabajo.

—Estabas más asustada que la blusa —dijo el joven, que le había seguido los pasos.

Adela contestó con la espalda.

—¿Iban a castigarte?

—Ajá.

—De qué manera, si quieres decirme. —Francisco se puso en cuclillas junto a la lavandera.

—Ni tanto... Con la culebra.

—¿La culebra?

Adela dejó de fregar.

—Una varilla finita para golpear las piernas del maleducado y del distraído.

Adela retomó su tarea. Francisco miró el agua.

—¡Quién pudiera! —murmuró.

Adela lo miró sin entender.

—¡Quién pudiera pasar y quedarse al mismo tiempo!

—¿Ya viste los retratos familiares?

—Hoy mismo los estuve viendo. —Francisco recibió un mate amargo y espumoso.

La familia estaba sentada en la galería de la casona. Juan Bautista, un esclavo de alrededor de diecisiete años, cebaba para todos.

Juan Bautista Cabral, Adela Cabral; todos los esclavos de la hacienda llevaban el apellido del amo. Cabral se llamaban, del amo eran.

—Los pintó un maestro español, bueno entre los buenos —continuó la mujer—. ¡Qué mano para suavizar asperezas! ¡Qué puntualidad para las miradas! Pero, en fin, el maestro ya no está, y los niños han crecido.

Con esa palabrería, la mujer le recordaba al sobrino de su esposo que si estaba allí, era para hacer un retrato familiar al óleo.

—Mañana mismo empezamos. —Francisco le devolvió el mate al esclavo de ojos vivaces—. ¿Han decidido las damas qué ropa usarán?

Los Cabral poseían una estancia no muy lejos del río Paraná. Y en el año 1808 decidieron convocar a Francisco, sobrino de una rama decaída del árbol genealógico, para que hiciera un retrato vivo de la familia.

—Tengo entendido que lo más difícil es conseguir el color de la piel, ¿no es así?

—No tema, tía —respondió el joven pintor—. Su piel será tan blanca como la que Dios le otorgó.

Adela hablaba con el arroyo. Le contaba que extrañaba a su madre, vendida a un hacendero del Paraguay, que los sabañones de las manos nunca se curaban, que al negrito Juan Bautista se le había puesto que quería ser soldado.

—¿Y qué cuenta el agua?

Una vez más, el amo Francisco la sorprendía.

—No te avergüences. Solamente las personas con mucha cabeza pueden hablar con un arroyo.

En esta ocasión, Francisco traía su atril y sus colores. Adela miró con curiosidad cómo lo acomodaba, de frente al horizonte.

—¿Sabés lo que me gusta pintar? —preguntó el joven.

La esclava alzó los hombros:

—Será el arroyo, serán los árboles.

—Me gusta pintar la libertad —dijo Francisco.

Muchas cosas había para los ojos: árboles y pájaros, las primeras nubes del atardecer, una barca olvidada en la orilla, pero la libertad... ¡Eso no lo veía la esclava!

—Seguí nomás con lo tuyo —dijo Francisco.

Los teros gritaron, más teros que nunca. Las cotorras se mordieron la lengua. Una víbora relamió el aire. El martín pescador cambió la dirección de su vuelo. El tiempo y el agua pasaban juntos.

Cuando Adela empezó a retorcer una sábana de lino, gruesa y pesada, Francisco dejó el pincel y se quitó las sobremangas con las que protegía su camisa.

—Te ayudo.

No preguntó, no dio tiempo.



Te ayudo.

El pintor y la esclava, cada uno en un extremo, acordaron con una breve mirada quién retorció hacia un lado, quién hacia el otro. Mientras la sábana se transformaba en cuerda, Francisco sonreía. Después, extendieron la sábana y la sacudieron. Una vez, otra, y otra. Subió una llovizna luminosa.

¡Nunca la ropa de los amos había sido tan feliz!

Después de la siesta, la familia Cabral estaba lista para el óleo.

En la sala, el pintor buscó el sitio adecuado para su atril.

Dos sillones fueron colocados en un ángulo, frente al gran espejo. De ese modo, había dicho Francisco, se reflejarían las espaldas de los cuatro modelos: don Luis Cabral, su esposa y sus dos hijos.

Sentado en el sillón de la derecha, el amo Luis apretaba la mandíbula. A su lado, sentada también, su esposa

estiraba ligeramente los labios. La hija del matrimonio abría demasiado los ojos. El hijo se bamboleaba.

Por indicación del pintor, don Luis Cabral dejó sus manos en reposo, sobre las piernas. Su señora esposa colocó el abanico a la altura del corazón. La hija enredó el rosario entre los dedos. El hijo se apoyó en el respaldo del sillón que ocupaba su madre.

Era un abril caluroso. El esclavo Juan Bautista estaba allí para abanicarlos con una hoja de palma y secarles la frente.

El joven pintor observó por un rato la escena. Estimó la densidad de la luz y el peso de la sombra. Tenía frente a sí a los modelos y una carbonilla para el primer boceto. Sin embargo, su sangre estaba muda, fastidiada. Carraspeó el pintor para darse ánimo, pero no conseguía entusiasmarse.

—Están ustedes muy bien, muy bien —dijo.

Francisco trazó las primeras líneas de la composición. Alzó la vista y encontró a Juan Bautista. La sonrisa del negro era otra luz en la sala. Volvió a la tela, esbozó siluetas inciertas que representaban a cada uno de

los miembros de la familia Cabral. Como pintor de retratos, Francisco sabía de sobra que la quietud es una apariencia falsa. Un buen artista puede observar en la inmovilidad de sus modelos una batalla de sentimientos. Y si es capaz de ver el revuelo de las almas, entonces los cuadros respiran.

A partir de ese día, la familia debería respetar el horario, la actitud, el ángulo de la mirada. Y tener paciencia, porque se trataba de cuatro rostros, ocho manos, mucha puntilla y más pliegues.

El pintor decidió comenzar por la figura masculina, la más imponente. Pero apenas había comenzado y ya dejaba caer los brazos.

—¿Qué ocurre? —preguntó don Luis Cabral, casi sin mover los músculos de la cara.

—Es mi cabeza... Tengo un fuerte dolor en la frente que me impide distinguir con claridad lo que hago. Si me permites, tío, preferiría seguir mañana.

Los Cabral permanecían estáticos.

—Pueden descansar —dijo el pintor. Y de inmediato pidió permiso para retirarse a su habitación.

La esposa de Luis Cabral tuvo una idea piadosa. ¡Pobre muchacho! Ordenó a la cocinera que le llevara un té. Minutos después, la esclava regresó con la bandeja y una extraña noticia:

—Don Francisco no está en su dormitorio.

—¿Cómo que no está?

La cocinera alzó los hombros.

—¿Golpeaste fuerte?

—Ni le digo, ama.

La hacendada se quedó con el té dulce. Y antes de ponerse a bordar, se prometió que a la hora de la cena le preguntaría al joven adónde se había marchado.

—Pensé que el aire fresco me haría bien —fue la respuesta que, esa noche, recibió la esposa de don Luis Cabral.

La cena pasó entre conversaciones cordiales. La familia no era amiga de los realistas, de manera que la política de la patria y los anhelos de independencia eran

asuntos bienvenidos. Francisco, por su parte, eligió callar una pregunta impertinente: ¿es posible pelear por la libertad y tener esclavos?

La comida, sabrosa y abundante, le ponía a la charla jugo y almíbar, picante y canela.

Pero algo muy diferente sucedía con la pintura, que avanzaba a tirones. Los pinceles pesaban, los colores estaban desgastados. Un día porque los niños lucían pálidos, otro día porque el sol no ayudaba; pero lo cierto era que las sesiones, cuando se concretaban, no pasaban la media hora.

Cada tarde, después de unos trazos de mala gana, Francisco buscaba el modo de escabullirse de la sala. Y de la casona.

Pero los pinceles dejan huella y, al séptimo día, alguien siguió sus pasos.

Como casi todas las tardes, Adela fregaba en el piletón del arroyo. Y nuevamente, Francisco estaba cerca.

Con mano de ángel sostenía la paleta. Pintaba con mano de diablo.

Apenas hablaban; excepto cuando retorcían juntos la ropa grande.

—¿Tu familia está aquí mismo?

—A mi madre la vendió el amo Luis, y se la llevaron al Paraguay.

Eso significaba muchos días de viaje en carreta. O, dicho de otro modo, la posibilidad de que madre e hija nunca volvieran a verse.

—¿Naciste en la hacienda?

—En la hacienda, sí. Con los amos Cabral.

La ropa escurrida se amontonaba en un canasto.

—¿Está pintando el arroyo? —se animó a preguntar Adela.

Francisco se asombró de la respuesta que llegó a su boca; una respuesta que él mismo apenas comprendía. Por vez primera no estaba pintando lo que veía sino lo que pensaba; por primera vez copiaba un paisaje de adentro. Pero antes de poder explicarse, un ruido en la maleza desvió su atención.

galería, con los ojos cerrados. No dormía, sin duda, porque la sola cercanía de la esclava la despabiló.

—¿Qué necesitas?

—Hablarle de un asunto, ama.

La mujer, que reconoció el tono confidencial de la sierva, se separó del respaldo de su mecedora.

—Decime.

Como acostumbraba hacerlo cuando el ama le pedía que le cortara las uñas de los pies y le puliera los talones, la negra se sentó sobre sus pantorrillas.

—Es del joven Francisco, y lo que hace por las tardes cuando desaparece.

El interés del ama se percibió en el ceño.

—¿Qué hace Francisco?

—Pinta.

—¡Claro que pinta! Pero eso lo hace en el salón.

—No, ama. En el arroyo.

La esposa de don Luis Cabral se inclinó hacia el chisme.

—Juan Bautista lo vio —continuó la cocinera sin remordimientos—. Y lo que pinta es malo.

—¡No des más vueltas! —exigió la mujer.

Don Luis Cabral levantó la vista del papel donde escribía una carta.

—Mujer, ¿es necesario distraerme con habladurías de la cocina?

—Son más que habladurías —respondió su esposa—. Es algo serio, y tiene que ver con tu sobrino.

—¿Con Francisco?

—Y con sus paseos.

Cuando don Luis Cabral terminó de escuchar lo que su esposa tenía para contarle, dio una orden:

—Que venga ya mismo el negro Bautista.

Y pocos minutos después, Juan Bautista llegó tembloroso al escritorio.

—No sé, amito. No me acuerdo bien.

Pero ya era tarde para hacerse el zonzo.

—Atendeme bien, negro. O te acordás solo o te refrescan la memoria unos azotes. ¿Entendiste?

¿Quién no entiende el dolor? A Juan Bautista solo lo habían azotado dos veces. Pero jamás olvidó el zumbido del látigo, anterior al golpe y casi peor que el golpe mismo. Cada tanto llevaba sus manos a la espalda para tocar las serpientes de la esclavitud.

Entonces, Juan Bautista contó puntualmente lo que había visto.

—Vamos —ordenó el amo—. Allá deben estar ahora.

Una vez que don Luis Cabral y su esclavo se alejaron lo suficiente, el ama y la cocinera fueron detrás.

—Te queda bien el color celeste —dijo Francisco desde el atril.

Por si acaso, Adela se miró la blusa. Era marrón, como la recordaba. Pero con los amos no se discute. Si él decía celeste, celeste sería.

Adela lavaba y sonreía. ¿Qué estaría pintando el amo Francisco? La cabeza del pintor, llena de rulos apretados, se acercaba al lienzo y se alejaba.

—¿Te gusta el laurel?

Adela pensó en los guisos de la cocinera y respondió que sí.

Don Luis Cabral avanzaba con trancos largos en dirección al arroyo. El esclavo Juan Bautista lo seguía. Ama y cocinera venían detrás, para evitar que la cosa pasara a mayores.

—Falta coronar la cabeza —dijo Francisco. Y agregó—: Si me prometés guardar el secreto, te dejo que veas la pintura.

Adela miró a Francisco. ¡Tan negros sus ojos!, pensó. Después ambos volvieron al silencio.

Los teros gritaron advertencias. Las cotorras se amontonaron para espiar. La víbora se enroscó en su misterio. El martín pescador picoteó el aire, y el aire le abrió una puerta. El tiempo se cayó al agua.

Don Luis Cabral, amo de una vasta hacienda correntina, apareció de pronto.

—¡Así que este es tu dolor de cabeza, sobrino!

Adela se levantó rápida y se sostuvo de su propia pollera. Francisco, en cambio, no perdió la calma.

—Buenas tardes, tío.

—Vamos a ver si lo son, sobrino.

Con paso lento, el amo caminó en dirección al atril. Francisco le cedió el lugar frente a la tela. Al principio, Luis Cabral se quedó inmóvil. Mirando. El paso del arroyo se escuchó nítido.

—Buena porquería resultaste... —murmuró.

Francisco alzó la cabeza. Era más alto que su tío y no mostraba miedo ni vergüenza.

—No lo he ofendido a usted ni a su familia —dijo.

Recién entonces, Luis Cabral apartó los ojos del cuadro.

—¡Claro que nos ofendiste!

A partir de allí, don Luis Cabral habló sin detenerse. La furia se alimenta de furia y engorda.

—Comiste en mi mesa, dormiste bajo mi techo, nos dejaste sudar en el salón y ¿para qué? ¡Para correr al arroyo a pintar esclavas! Ya estoy entiendo, sos de esos revoltosos que andan cacareando que la patria no debe tener esclavos. ¿Qué sabrán ustedes de la patria? ¡Impertinentes!

Francisco respiró hondo y sostuvo los ojos.

—Esta negra —continuó don Luis Cabral señalando a Adela— come y duerme gracias a mí, es bien tratada, y hasta recibe ropa extra por la bondad de mi esposa. Y vos venís a mi propia casa a refregarme tus ideas francesas...

Para entonces, ama y cocinera estaban allí, ambas con las manos cruzadas sobre el pecho.

—¡Te dimos trabajo! Y te atreves a ponerle cara negra a la patria. ¡Viniste a reírte de nosotros!

—No es verdad.

—¡Aquí es verdad lo que yo digo y lo que yo veo!

La rabia estaba subida a las espaldas del amo y mordisqueaba sus pensamientos. Luis Cabral tomó la tela con ambas manos y tironeó hasta arrancarla del soporte. Las mujeres contuvieron el aire.

—Rómpalo, tío. Puedo pintarlo mil veces.

El amo dividió su furia en dos órdenes. A Francisco:

—Ahora mismo te mandás a mudar de mi casa, ¡desagradecido!

Al negro Bautista:

—Tirá esto al arroyo.

El esclavo tomó el lienzo que el amo estiraba con impaciencia y empezó a caminar.

—¡Corré, carajo!

Y empezó a correr.

Pero antes de arrojar la tela a la corriente, Juan Bautista Cabral miró una vez más. Una mujer negra, con el rostro de Adela y vestida con una túnica celeste, alzaba sus brazos con cadenas rotas. Un hilo de pintura verde chorreaba en su cabeza. Juan Bautista sintió olor a laurel.

El amo lo estaba mirando, así que el negro meció el brazo para darse impulso. Y arrojó al arroyo una patria de piel negra.

Francisco partía cuando su tío lo detuvo.

—No puedo entender por qué se enfrentan a sus propias familias —dijo.

Francisco sonrió.

—Tal vez, si miraras con detenimiento... —Y se pasó la mano por la cabeza de rulos apretados.

Cuando el amo Cabral se acercó a Adela, Francisco ya no podía escucharlo.

¡Tomá! Con la palma de la mano. ¡Para que aprendas! Con el dorso. ¡Infeliz! Tres golpes, sin la red de la piedad, sacudieron la cabeza de la esclava. El amo se detuvo. Parecía que había acabado cuando el cuarto golpe, el desquite, el final de la furia, rompió el labio inferior de Adela.

Ama y cocinera mantenían los ojos cerrados. Juan Bautista, abiertos.

Una Adela vestida con túnica celeste se iba por el arroyo, en dirección al río Paraná.

Otra Adela, con la boca sangrante, caminaba de regreso a la casona de los amos.



A un peso por lágrima

Después de cada velorio, las lloronas se reunían en la taberna para saborear un tazón de sopa de cebolla y compartir una jarra de vino tinto. Hacían bolitas con la miga del pan y reían por todo lo que habían llorado.

Ellas eran, ciertamente, las únicas mujeres que podían beber en la taberna sin ser repudiadas. ¡Algún privilegio debían tener por ganarse la vida llorando muertos ajenos! No eran todas viejas ni eran todas feas. Aun así, los niños las tenían por brujas; temor que sus madres aprovechaban para obligarlos a hacer tal o cual cosa.

Pero no eran brujas. Apenas humildes mujeres contratadas para llorar al difunto, y así, darle más dramatismo al último adiós.

Velorio de rico, muchas lloronas.

Velorio de comerciante, dos o tres.

Velorio de campesino, las lágrimas que pudieran derramar madre, esposa, hijas y hermanas.

La ciudad crecía. Y la muerte, por suerte, nunca pasaba de moda. De manera que trabajo no faltaba.

Desde luego, había diferentes estilos. Las lloronas que llevaban más años en el oficio eran amigas de largos lamentos y gritos desgarradores que acompañaban, a veces, con sacudidas de hombros. Un coro desafinado y escandaloso les parecía lo más adecuado para lamentar una pérdida. Había otras, en cambio, que presumían de una mayor discreción. Se trataba de un quejido monocorde y agudo que podían sostener durante horas. Los deudos, y no el muerto, eran quienes escogían entre unas y otras.

Esa tarde, todo era "pst, pst". Murmullos entre las lloronas porque algo nuevo había ocurrido.

—Se llama Ludmila. Y dicen que es muy buena.

Ninguna conocía a esa nueva llorona y era lógico porque, según decían, había llegado dos semanas antes a la ciudad, en compañía de su padre. Pobres como ratas, buscaban trabajo y techo.

Clara Gentil, una de las lloronas de mayor renombre, parecía más preocupada que el resto de sus compañeras.

—¿Cómo empezó ella con lo nuestro?

“Lo nuestro” era llorar la pena de los otros.

—¡Una jarra más! —pidió una de las lloronas. Y el tabernero se sorprendió porque ellas nunca pedían vino dos veces.

La llorona que conocía el asunto carraspeó y comenzó a hablar. Lo hizo con voz tan baja que todas las cabezas se adelantaron hacia el centro de la mesa engrasada.

—Fue así —y chasqueó los dedos—. ¡Pura casualidad! Esta Ludmila lloriqueaba en una esquina porque el boticario le había negado unos remedios para su padre. Pasó por allí un hombre que andaba tramitando un

ataúd para su... —la llorona dudó— ¡para su tío materno! Y dicen que le pareció tan magnífico su llanto que enseguida la contrató.

—¿Dices que la tal Ludmila, solita y sola, lloró al muerto? —preguntó Clara Gentil.

La llorona que había contado su chisme se encogió de hombros.

—Eso oí.

Clara Gentil se sirvió un vaso de vino y lo bebió sin respirar.

—Será la novedad —dijo, intentando tranquilizarse—. Ahora hay que dormir. Es casi seguro que por la madrugada va a morir la madre de Esperanza Rosales, así que mañana habrá trabajo.

Con el dinero recibido por el primer velorio, Ludmila pudo pagar el alquiler de una pequeña habitación por cinco días. No era demasiado, pero sí un respiro para que su padre descansara. El buen hombre padecía

una tos constante y áspera que lo dejaba flojo de músculos y triste de alma.

Ludmila remendaba su par de zapatos cuando golpearon a la puerta. Abrió apenas, porque no conocía a nadie en la ciudad. Una mujer de buena familia estaba allí.

—¿Eres Ludmila, la llorona?

—Soy Ludmila, y lloro —respondió la joven.

Aquella dama no reparó en esa diferencia y fue al punto:

—Mi nombre es Esperanza Rosales y acaba de morir mi madre —dijo—. Me hablaron de ti y quisiera que vengas a su velorio. ¿Cuánto cobras?

—Lo que la señora guste pagarme —respondió Ludmila.

—Te pagaré la mitad de lo que le pago a Clara Gentil, la mejor de todas. También ella y algunas otras irán hoy. Quiero cerrar la boca de mis primas, que andan diciendo que estoy feliz por la herencia.

—Mil gracias, señora.

Para Ludmila, la mitad de cualquier cosa era una gran paga.

—Si sales conmigo, te indicaré cómo llegar a mi casa.

Las dos mujeres caminaron por un corredor angosto y húmedo, lleno de suciedad de perros. Una vez en la calle, Esperanza Rosales le dio a Ludmila las indicaciones precisas.

—Te aguardo, entonces —dijo. Y se marchó con paso rápido.

Esa misma noche, siete lloronas, como siete cuervos, coronaban la cabeza del ataúd. Lloraban a grito pelado cuando entró Ludmila, que había demorado en encontrar el camino.

Sin dejar de gemir, las lloronas le clavaron los ojos. Todas estaban vestidas de riguroso luto y cubrían las cabezas con pañuelos oscuros. Ludmila, que no tenía más ropa que la que tenía, llegó con una falda de color gris y una envejecida blusa rosada.

Llegó. Y en vez de reunirse con el resto de las lloronas se fue a un rincón alejado, donde permaneció quieta y muda. Ya la dueña de casa iba a reclamarle porque,

aunque le había pagado la mitad, estaba en el velorio para llorar. ¡Y que lo hiciera al menos con un solo ojo! Pero entonces, un sollozo entrecortado y seco impuso silencio.

La espalda de Ludmila se movió con suavidad. Y sus ojos se llenaron de dolor. Porque fue dolor primero y lágrimas después. Un llanto de niño encerrado, un llanto de enamorada corriendo tras el amado que parte a la guerra. Un llanto sin pañuelos, en el que cada uno de los presentes reconoció su propia pena. Fue tan dulce el llanto de Ludmila que los gimoteos y alaridos de las lloronas resultaron ingratos para los oídos; tanto que alguien las hizo callar.

Clara Gentil cerró la boca en medio de un lamento y supo que una mala racha se avecinaba.

Al retirarse, los presentes saludaron a Ludmila tanto como a Esperanza Rosales, reciente huérfana. Y se fueron de allí pensando que, el día que tuvieran un muerto en casa, la contratarían.

La joven regresó a la habitación que alquilaba con algunas monedas que le permitirían comprar leche y algo de manteca. Pero a pesar de eso, caminó llorando.

El vino tinto y la sopa de cebollas eran más necesarios que nunca.

Las lloronas se reunieron en la taberna, muy preocupadas por lo que acababan de presenciar.

—¿Cómo lo hace?

—Llora desde el estómago —sentenció una.

—¿Desde el estómago? ¡Claro que no! Esa muchacha llora desde el pecho.

Las mujeres se trabaron en una discusión acerca de los estilos y las técnicas. Algunas insistían en que Ludmila subía el llanto desde las tripas hasta los ojos ¡sin pasar por la nariz!

Porque en la nariz las lágrimas se ponen rancias.

Otras afirmaban que Ludmila debía tomar mucha agua antes de ir al velorio.

—Debemos beber agua también. ¡Eso nos llenará de lágrimas!

—¡Eso hará que te orines encima! —dijo Clara Gentil, más perturbada que el resto de sus compañeras.

Y en efecto, Ludmila comenzó a tener más y más trabajo, más y más difuntos que llorar. En poco tiempo, pudo alquilar una pequeña casita con dos habitaciones. Y comprarle a su padre un saco de lana, y para ella misma, un par de botas de cabra.

Siempre era igual. La joven se hacía presente en el velorio y buscaba un rincón alejado. Al revés de lo que era habitual entre las lloronas, no comenzaba a lamentarse de inmediato. Era como si no quisiera llorar. Era como si la pena, de tan grande, estuviera obligada a salir de su cuerpo.

Y es que Ludmila lloraba su pasado.

El verdadero.

Su dolor.

La madre que tuvo.

Y un hermano pequeño.

Muy pequeño.

Una madre que salió a buscar leña en mitad de la noche.

En mitad del invierno.

En pleno bosque.

Y un padre que no estaba en casa.
 Un padre, bebiendo con sus amigos.
 ¿Por qué sales con el pequeño, madre?
 Porque el pecho lo calma.
 Y salieron los dos a buscar leña.
 Y nunca regresaron.
 Así era el bosque
 cuando ponían trampas para osos.
 Su padre enfermó de culpa.
 Era un loco gritando durante la noche,
 durante el día.
 Y cuando ya nadie le dio trabajo,
 ni el poco trabajo que solía tener,
 tuvieron que irse a la ciudad.
 Su madre y su pequeño hermano
 muertos en una trampa para osos.
 Eso lloraba Ludmila
 cuando lloraba.

En pocos meses, la cosa empeoró para las lloronas, que se vieron obligadas a bajar el precio de sus lágrimas. Y tanto lo bajaron que hasta lo pobres empezaron a contratarlas para sus velorios. Un lujo que antes no podían darse.

A pesar de eso, mantenían la costumbre de reunirse en la taberna; porque por mucho que escaseara el dinero, un gusto había que darse. Por supuesto que ya no era lo mismo. Varias lloronas ya no iban y, entre ellas, Clara Gentil.

Y sin Clara Gentil, ¡qué tristeza!

Además, el único tema de esas reuniones eran Ludmila y su técnica, Ludmila y su buena suerte, Ludmila que se había mudado con su padre a una casa sobre la tienda y mantenía una lámpara encendida hasta altas horas de la noche, como si le sobrara aceite. Ludmila y un hombre bien puesto que la acompañaba los domingos a la iglesia.

En vez de sopa de cebollas, tomaban sopa de Ludmila.

Y nada de lo que decían era falso. Porque Ludmila tenía mucho trabajo bien pagado.

Lloraba Ludmila. Y de tanto llorar, su dolor iba sanando. No es que hubiese olvidado a su madre y a su hermano pequeño, tan dulce como un higo. Pero la vida comenzaba a ser bondadosa y Ludmila debía esforzarse cada vez más para llorar su verdadera pena.

Casi dos años pasaron. Todo iba bien para Ludmila y su padre. Todo iba de mal en peor para las lloronas de la ciudad, que ya no aparecían en los velorios destacados. Se decía que sus estilos habían pasado de moda.

Las lloronas se resignaron a llorar pobres.

Clara Gentil trabajaba en velorios miserables, y luego corría a realizar otros quehaceres. ¡Si es que los encontraba!

Esa noche de frío, el tendero cerró la puerta en sus narices negándose a darle azúcar. La mujer ya le debía demasiado.

En una esquina de la ciudad lluviosa, Clara Gentil pensó en sus hijos.

Cinco tenía.

Y estaba sola para criarlos.

Pero eran los dos mayores, niña y niño, los que más le dolían.

Con dolor verdadero.

Niño de trece años. Niña de doce.

Y debía dejarlos ir.

Muy lejos se irían,

con la familia que ofreció llevarlos al sur.

Lejos, al sur.

Y más tarde se irían los otros, los otros hijos.

Porque ella envejecía

y a veces no tenía fuerzas

ni para levantarse del camastro.

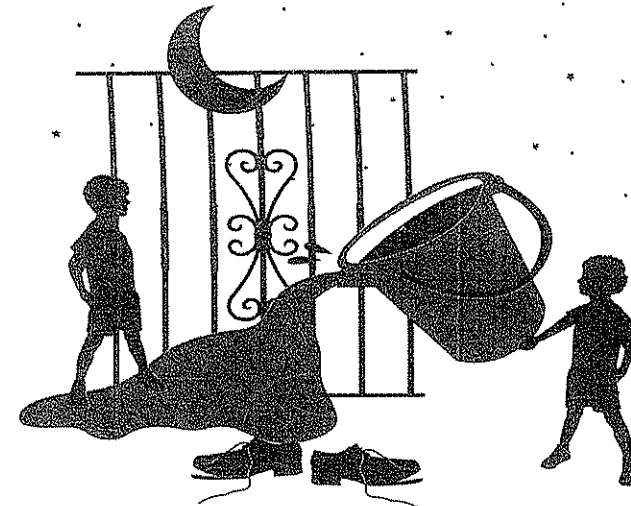
Camastro hundido donde dormía.

Clara Gentil estaba tan ensimismada en su llanto que no vio que un hombre se acercaba. Era Baltasar, el notario. Y al escucharla se detuvo en seco.

—Mi esposa acaba de morir —dijo con la voz quebrada.

Clara Gentil se secó las lágrimas lo mejor que pudo.

—Jamás escuché un llanto tan dulce y tan verdadero —continuó el notario.



Jugar con agua

Tener dos médicos en casa no es tan bueno como puede parecer. Padre especializado en vías respiratorias y madre oncóloga pueden impedirte ser feliz.

Un estornudo, y el tipo deja los cubiertos en la mesa y me mira con cara de Facultad de Medicina. Aunque intenta aguantarse, al rato nomás se me tira encima. Y lo peor de todo... ¡hace como si estuviéramos jugando a la luchita para auscultarme los pulmones!

Madre oncóloga significa que está pendiente de los lunares que tengo en la espalda. Hasta le puso nombre

a los más grandes, Junio y Lucero, y les habla para mantenerlos a raya.

La cuestión se agrava si, además, sos hijo único; porque entonces sos paciente único.

Muy de tanto en tanto, les tocaba hacer guardia la misma noche. Pero eso no era mejor para mí porque, desde luego, no me dejaban solo. Venía a cuidarme la hermana mayor de mi mamá, que tenía un hijo de mi edad. A propósito de eso, mi tía siempre decía lo mismo. Que ya habían “cerrado la fábrica”, que cuando empezó con náuseas creía que era un ataque al hígado. Y cerraba con “Mirá lo que resultó... Ya tiene trece años el ataque al hígado”.

¿Qué le causaba tanta risa? Yo bajaba los ojos para no odiarla.

Hijo único más hijo menor de mamá grande puede ser una mala junta. Y esa noche lo fue.

Ni mi primo ni yo quisimos hacer tanto daño, hacer tanta muerte. Porque la muerte también se hace.

Mi tía y mi primo llegaron puntualmente. Mi viejo me acarició la cabeza. Mi mamá me dio un beso con ruido. ¿Por qué no me advirtieron? ¿Por qué no me dijeron “Ni se te ocurra subir a la terraza”?

Se fueron sin decir nada de eso. Y en cierto modo era razonable, porque a nadie se le ocurriría subir a la terraza una noche helada de julio. Caía agua nieve y el cielo colgaba como un telón desvencijado.

Mi tía se sentó a ver televisión. Nosotros, como siempre, nos fuimos a mi dormitorio.

¿Por qué la tecnología no fue suficiente? ¿Por qué no nos conformamos con la crueldad que posibilitan las pantallas? ¿Por qué quisimos ser malos al aire libre?

—¿Vamos a la terraza?

—Dale.

Pregunta y respuesta que desencadenaron la peor cosa que me pasó en la vida.

Era fácil ir a la terraza sin que la tía lo notara, porque pasábamos de la cocina al patiecito donde estaba la escalera. Apenas salimos al patio, nuestras respiraciones

se condensaron en un humo blanco que, desgraciadamente, no nos hizo señales.

Los que suben a una terraza van de inmediato hasta el borde. De hecho, lo único que importa de una terraza son los límites que la separan del vacío. Dueños de una noche helada, así nos sentimos. Y eso, en vez de hacernos actuar como adolescentes, nos retrocedió a la infancia.

—Mirá quién está ahí —dije.

Era Gallo Negro, el linyera del barrio.

—Y está meando el árbol.

Gallo Negro era para nosotros, invierno y verano, un hombre muy delgado, de mediana estatura, cubierto desde la cabeza con una manta negra. Solamente emergía una enorme nariz ganchuda y unos mechones de cabello rojo: pico y cresta. El apodo le venía desde antes de que yo naciera.

Como era parte del barrio, algunas vecinas le daban algo de comer en bandejas de rotisería. En esas ocasiones, él sacaba una mano por entre su manta negra, y agradecía con una inclinación de cabeza.

Ahora Gallo Negro estaba allí, frente a mi casa, meando el árbol de la vereda angosta del pasaje. De espaldas a nosotros.

—¿Y si le tiramos un baldazo?

Ahí debería haber hecho Dios un milagro, mandar un ángel que nos detuviera a tiempo. Pero no recibimos esa divina oportunidad.

Ni siquiera hizo falta el asentimiento de mi primo. La manguera y el balde con los que mi vieja limpiaba el piso de la terraza estaban en un rincón. Llenamos tanto el balde que tuvimos que cargarlo entre los dos.

—Apurate que se va a ir. —Reconozco que eso lo dije yo.

Gallo Negro seguía allí. Ya no meaba, claro. Pero seguía de espaldas a nosotros. Juro que no pensé en la intemperie, juro que no se me ocurrió que Gallo Negro no tenía toallas ni ropa seca para cambiarse. Entre los dos alzamos el balde para apoyarlo en la baranda.

—Déjame a mí.

Y fui yo el autor del hecho. Yo derramé el baldazo de agua fría, en plena noche de invierno, sobre el linyera y

su miseria infinita. Nunca supe si levantó la cabeza, porque nosotros ya estábamos agachados y huyendo en cuatro patas. Recién nos enderezamos en la escalera. Bajamos corriendo y nos metimos en la habitación.

—¿Y si toca el timbre?

—Que toque... La tía no le va a creer.

—Ajá —dijo mi primo.

Pero nadie tocó el timbre. Y nosotros nos portamos bien el resto del tiempo. Demasiado bien, como hacen los culpables.

A la mañana siguiente, cuando me levanté, mi tía y mi primo se habían ido. Era sábado, y me puse contento.

En la cocina, mis viejos tomaban mate, comían facturas y hablaban como siempre lo hacían: con una pasión que me resultaba exagerada.

—¿Cómo puede haber gente así? —decía mi vieja.

—Buen día —interrumpí.

—Buen día, mi amor. Ya te hago té con leche.

Me senté a la mesa, cubierta con un mantel que tenía estampadas calabazas, rodajas de sandía y uvas. Mi mamá sacaba la leche. Recuerdo todo a la perfección, detalladamente. Su brazo derecho sostenía la puerta de la heladera, su brazo izquierdo avanzaba hacia el interior frío para sacar de allí un porta sachet de color violeta. Ella, mi mamá, tenía puesta una bata rosada.

—¡Hay que ser basura! —murmuró mi viejo.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Gallo Negro... Lo llevaron esta madrugada al hospital. Le echaron agua y pasó la noche empapado.

¡Hay que ser basura! Esas palabras crecieron conmigo y me transformaron en lo que soy.

—Pero nadie se muere por eso —supliqué.

Mamá me respondió parada al lado de la cocina, donde esperaba que la leche no hirviera:

—Un balde de agua helada no te mata a vos, ni a mí. Pero si puede matar a un hombre desnutrido, que se durmió mojado y a la intemperie.

—¿Pero quién pudo hacer algo así? —Mi viejo seguía

empecinado en trazar el perfil psicológico de la bestia que había mojado a Gallo Negro. Y yo pensé en mí.

—¿Dijo algo? —pregunté.

—Dijo que lo habían mojado desde un techo. Dijo que fueron dos ángeles. Pobre, deliraba de fiebre.

Yo encogí las piernas y me abracé a ellas.

—Vos lo vas a curar, ¿no, papá?

Mi viejo creyó que eso era un acto de amor y confianza.

—Voy a hacer todo lo posible —sonrió.

Pasé casi todo el sábado en mi habitación. Para colmo, seguía lloviznando nieve.

Pasé el domingo con miedo. Y no quise salir a la calle. En una esquina me esperaba la cárcel; en la otra, el infierno.

Llegó el lunes. Nunca había esperado con tanta ansiedad que mi viejo volviera del hospital.

—¿Cómo está Gallo Negro?

Mi papá debe haberse sentido orgulloso de mi sensibilidad social.

—Buenas noticias. Mejoró.

Yo me alivié. Me juré ser una buena persona minuto a minuto.

El martes y el miércoles fueron los mejores días de mi vida. Pero el jueves, a la hora de la cena:

—Empeoró —dijo mi viejo.

El viernes, sin embargo, el parte médico cambió.

—Parece que los nuevos antibióticos están resultando.

Mi mamá hizo algún comentario escéptico, mencionó que los resultados de los análisis generales y del chequeo no eran nada buenos. Pero yo preferí escuchar el optimismo de mi viejo.

—Papá, ¿quién inventó los antibióticos?

—Fleming.

Lo pregunté para saber a quién debía agradecerle en silencio.

Lástima, para el resto de mi vida, que el lunes todo se oscureciera.

—No creo que Gallo Negro pase la noche. Lo vamos a extrañar.

Mi viejo se equivocó en lo de no pasar la noche.

Gallo Negro murió el miércoles. Llovía de nuevo.

Hay muchas maneras de saberse culpable. La mía es una rata.

Mis viejos eran médicos de un hospital público, estaban acostumbrados a ver morir gente. Pero esta vez también se les había muerto una leyenda.

—Pobre —dijo mi papá para cerrar el tema.

—Pobre según se mire.

El comentario de mi mamá me puso en estado de alerta. Era obvio que mi viejo sabía a lo que ella se refería. Entonces fui yo quien debió preguntar.

—¿Por qué según se mire?

—Tenía un cáncer terminal. No iba a vivir mucho.

Intenté consolarme con eso, pero no hubo forma. Que Gallo Negro se fuera a morir pronto no significaba nada. La rata seguía royendo mi corazón.

Nunca pude hablar con mis padres. No tanto por mí sino por ellos. Iban a sufrir, no iban a saber qué hacer con sus manos.

Mi primo y yo dejamos de ser amigos, y tampoco hablamos del tema.

Por mi parte, hice todo lo que pude. Eso que algunos llaman locura y otros, vocación. Ahora tengo cuarenta años y el corazón deshilachado.

—Doc, vaya a dormir un rato.

Ofelia es una enfermera que trabajó con mis padres, y me cuida en su nombre.

—No hace falta.

—Se va a enfermar.

—Estoy bien, Ofelia.

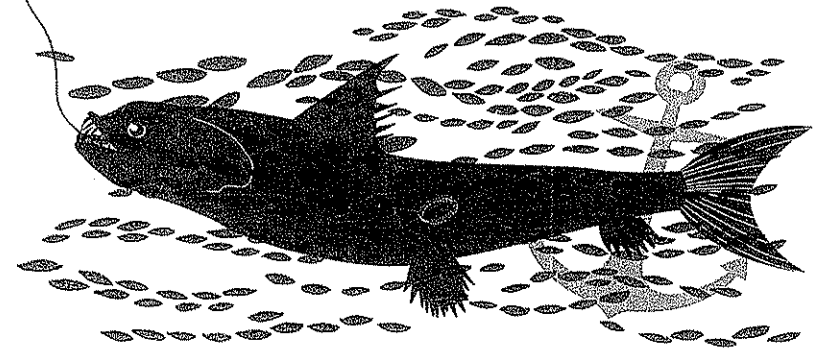
Pero la querida enfermera insiste.

—Deje que trabajen los pibes que están haciendo la residencia. El que llegó es un hombre de la calle que ya está más muerto que vivo.

Miro a Ofelia como si me mirara a mí mismo.

—Por eso mismo —contesto.

Otra noche de mal dormir es lo mejor que puede pasarme. Un día y otro y otro. Así, tal vez, Gallo Negro pueda perdonarme.



¡Echen anclas!

La quietud no existe. No hay modo. Es más fácil que existan los fantasmas.

Y no importa si nos quedamos inmóviles; siempre algo cruje, alguien dice, el corazón late, el polvo baila, los topos cavan, las sombras se alargan o se acortan... Sin embargo, y aunque la plena y absoluta quietud sea imposible, tenemos un modo de acercarnos a ella. Digamos que se puede conseguir algo parecido.

¡Hay un ancla que detiene el gran barco del mundo!
Alcanza con que alguien diga "Ocurrió una vez" para que se haga silencio, se haga quietud. O algo parecido.

“Ocurrió una vez”. Cae el cuento como un ancla. El barco se detiene. El viento se sube el cierre de la campera y, sentado sobre el mástil, se acomoda para escuchar...

Ocurrió una vez, casi un siglo atrás, en una aldea de Noruega. En aquel lugar vivían los pescadores y sus familias, ni tan ricos como para quedarse durmiendo por las mañanas, ni tan pobres como para llorar sobre la mesa.

En la aldea, cada año, se llevaba a cabo una competencia en la que participaban los jóvenes más valerosos. Consistía en salir a pescar muy de madrugada, en una canoa, llevando solo un pedazo de pan y un odre con agua. Pero no era cosa de pescar como cada día y regresar cantando. ¡No! Había que pescar al diablo del mar. Así le llamaban al pez más extraño de esa región; uno que tiene cuerpo alargado, crin negra, dentadura feroz y, sobre la cabeza, una luz opaca.

Esa luz, que provocaba reflejos sobre la superficie, era la mejor posibilidad de los jóvenes pescadores para

encontrar al diablo del mar. Pescarlo y regresar con el trofeo a la aldea significaba, para el vencedor y su familia, un año de bienaventuranza. Aquel que volviera con un pez diablo sería tratado como héroe, recibiría alimentos, mantas y otros muchos obsequios.

Por eso, cada familia poseía su propia cábala: plegarias especiales para los dioses marinos, anzuelos apetitosos y un sinnúmero de sortilegios. Aun así, la mayoría de los jóvenes regresaban con las manos vacías. O algo peor. Porque para pescar al diablo del mar era necesario adentrarse en las aguas; allí donde los vientos, la niebla y los tiburones tendían trampas mortales.

La noche anterior a la partida, los participantes eran agasajados por igual con bebidas calientes, pan, tajadas del mejor queso. Y era para todos el baile de las muchachas, vestidas con atuendos blancos y coronadas con caracolas.

Aquel año, todo comenzó como siempre.

Cuando llegó la hora, las madres abrazaron a sus hijos, los padres les palmearon las espaldas para darles ánimo. “Adiós.” “Regresa con el diablo tomado por la

cola." Y las canoas, once en esa oportunidad, partieron mar adentro.

Sin embargo, el mar sabía que algo terrible iba a pasar.

Entre los jóvenes que partían en busca del pez diablo estaban Ivar y Enok.

Entre las jóvenes que se quedaban aguardando el regreso estaba Nicoline.

Desde pequeños, Enok y Nicoline fueron inseparables. Juntos arrastraban tablas por el mar, juntaban caracoles extraños y, a veces, hacían fogatas en la playa y esperaban la salida del sol con la ilusión de divisar alguna sirena. Mientras tanto, Ivar los miraba con ojos entrecerrados, como se mira el sol.

Cuando Enok y Nicoline cumplieron doce años, dejaron de jugar. Y hasta se irritaron.

—Nunca veremos a las sirenas —dijo Nicoline.

—Ni me importa verlas —respondió Enok.

—No volveré a encender fogatas en la playa.

—Mejor.

Durante algún tiempo, dos o tres años quizás, Nicoline

y Enok apenas se hablaron. Ella se quedaba con las jovencitas de la aldea, él se reunía con los pescadores. Fue como si nunca hubiesen sido amigos.

Ivar se alegró por eso. Y un día le preguntó a su madre si podía obsequiarle a la jovencita un medallón.

—Aún no —dijo su madre—. Es muy pronto.

Y tenía razón. Porque cuando Enok y Nicoline cumplieron diecisiete años, ese mismo día, se miraron de lejos y sonrieron.

Desde entonces, Ivar alimentó su rencor como a un cachorro.

Al comienzo, su rencor era pequeño como un grano de arena, fácil de soplar. Pero Ivar le dio de beber leche rancia, y entonces el rencor se transformó en un animalito que ocupaba la yema del dedo. Ivar le dio de comer patas de escorpión, y el rencor tuvo el tamaño de una mano. Ivar hablaba con él y lo acariciaba. Así creció una temible mascota, que cobraba más y más tamaño.

Cuando Enok y Nicoline anunciaron su próximo casamiento ante toda la aldea, el rencor de Ivar era un enorme animal que no abandonaba nunca a su amo.

—Nos casaremos cuando yo regrese de la pesca del diablo del mar—anunció Enok—. No importa si gano o pierdo. Nicoline me estará aguardando y festejaremos la boda en la playa, allí donde jugábamos cuando éramos niños. Entre tanto, ambos llevaremos estos anillos.

Enok mostró a todos dos hermosos anillos que él mismo había fabricado con nácar y que Nicoline había grabado delicadamente usando una espina de pescado. La aldea entera aplaudió. Nadie estaba sorprendido. Aquellos habían nacido para estar juntos.

Ese día, por vez primera, la mascota de Ivar aulló.

Cuando llegó el día de la competencia, Ivar y Enok se hicieron al mar, cada uno en su canoa. Enok iba en busca del pez diablo. Ivar y su mascota llevaban un propósito atroz.

Apenas las canoas se perdieron en la niebla, las personas de la aldea volvieron a sus casas. Ahora debían esperar y orar para que sus hijos volvieran sanos y salvos. La bella Nicoline no temía, porque conocía la destreza de Enok en el mar.



Lentamente, los jóvenes pescadores se separaron, concentrados en divisar, en la superficie del mar, los reflejos de luz que indicaban la cercanía del pez diablo. Las aguas estaban calmas, pero la niebla no permitía ver lejos y eso aumentaba la soledad. El coraje que aquellos jóvenes habían demostrado empezaba a deshacerse, como olas rompiendo en la orilla. Un lamento de sirena por allí, una carcajada de pirata más allá; los sonidos, verdaderos o imaginarios, apretaban el corazón de cada uno de ellos. Sin embargo, el miedo no impedía que aquellos valientes se tendieran boca abajo en sus canoas, con medio cuerpo afuera, para reconocer la luz del diablo del mar.

Solamente Ivar tenía otro propósito, y no podía demorar en cumplirlo. Mejor hacerlo pronto y volver a la costa, fingiendo que se había lastimado un brazo.

Cuando Enok no regresara, todos iban a pensar que había sido víctima del mar. Llorarían un tiempo. Luego, él podría pedirle matrimonio a Nicoline.

Enok amaba el mar y el mar lo amaba. Enok leía las mareas como la palma de sus manos. El mar jamás lo hubiese dañado porque el mar es implacable pero no es traicionero.

El ruido cercano de unos remos llamó la atención de Enok que, de inmediato, se levantó. Se llevó las manos a ambos lados de la boca para evitar que la niebla se comiera la voz y gritó:

—¡Eh! ¿Quién está ahí?

No lo hacía por miedo sino para evitar que, debido a la espesa niebla, las canoas chocaran.

—¿Aggard? ¿Eres tú?

Pero nadie respondió.

—¿Eres tú, Elmer? ¿Jonás?

Pero ni Elmer ni Jonás respondieron.

Entonces la canoa salió de la niebla. Enok sonrió. Por la velocidad que traía era evidente que lo había escuchado. Poco después reconoció al pescador que se arrimaba.

—¡Ivar, amigo! ¿Ocurrió algo malo?

La voz de Ivar se oyó muy débil.

—Mi corazón late rápido... Me falta el aire.

Era habitual que, en aquella soledad, los jóvenes perdieran la calma. Enok supuso que se trataba de eso.

—¡Ven, acércate más! Conversaremos un rato y enseguida estarás riendo.

Una vez que las canoas estuvieron totalmente unidas, Ivar habló de nuevo.

—¿Tienes agua para darme? Bebí toda mi botella de un sorbo.

Como el resto de los pescadores, Enok llevaba solo un odre con agua.

—Te daré agua —dijo, sin dudar.

Enok le dio la espalda a Ivar. Y el traidor halló su momento.

Un remo se estrelló contra la sien izquierda de Enok. Fue solo un golpe, pero tan brutal que el joven perdió la conciencia sin alcanzar a pronunciar la única pregunta posible: ¿por qué lo haces?

Desmayado, fue fácil arrojar a Enok al mar. Luego, Ivar tomó la canoa de Enok y la llevó un trecho

consigo. Así, aunque Enok recobrara a tiempo la conciencia, no tendría modo de salvarse.

Un cuento es un ancla.

Se arroja al mar del tiempo y se hace quietud, o algo parecido. “Ocurrió una vez, en una aldea de Noruega” alcanza para que las costureras detengan sus agujas y los arroyos corran como si fueran de miel.

El dolor de la aldea fue inmenso como el mismo mar.

Nadie esperaba que fuese Enok, justamente él, quien no volviera. ¿Cómo?, si era pariente del oleaje, si su sangre crecía y decrecía con las mareas...

La familia de Enok cerró las ventanas. Nicoline cerró su corazón. Un año pasó y luego otro.

Un día de primavera, Ivar se acercó a Nicoline y le propuso casamiento.

La bella muchacha lo miró con tristeza. Sabía muy bien que, en la aldea, el destino de las mujeres era casarse. Y si Enok no estaba, lo mismo era Ivar que Aggard

que Jonás... Ella aceptaría sin alegría, porque su alma se había perdido en alta mar.

La boda entre Ivar y Nicoline se fijó para inicios del otoño, luego de la competencia anual de pescadores. Desde la muerte de Enok, Ivar no había regresado a competir y tampoco lo haría ese año.

Todo fue como la tradición lo exigía. Los valientes pescadores se hicieron al mar. Uno de ellos, el que se llamaba Jonás, fue vencedor ese año. Y regresó a la aldea con un enorme pez diablo.

Jonás, que había sido buen amigo de Enok, decidió ofrecer el pez como obsequio para la boda. Las ancianas decían que un bocado de carne de pez diablo aseguraba una gran descendencia.

Como faltaban unos días para la boda, era necesario limpiar el pez y conservarlo en sal.

—Ven, Nicoline —dijo su madre, intentando animar a la joven novia—. Ayúdame con este diablo.

Nicoline, que miraba el mar desde una ventana de la choza que compartía con sus padres, suspiró. Y caminó hasta el mesón donde su madre trabajaba.

—Abre tú la panza y quita las tripas —volvió a decir su madre—. ¡Es de buena suerte que la novia lo haga!

Nicoline ajustó la cuerda que sostenía su cabello y con desgano recibió el cuchillo de hueso. Abrió la panza del pez, metió los dedos entre las tripas y comenzó a sacarlas. Pero entonces, algo llamó su atención:

—Madre —susurró.

Un cuento es un ancla que, cuando cae al mar del tiempo, hace que todo se transforme en quietud. O en algo parecido.

“Ocurrió una vez, en una aldea de Noruega, cuando una joven limpiaba la panza de un diablo” es suficiente para que la leche no suba en la olla y la luna se eche como un gato blanco y gordo.

Cuando la madre de Nicoline vio lo que su hija tenía en las manos, no pudo dar crédito a sus ojos.

—No es posible. ¡Dioses marinos, no es posible!

Nicoline, que sonreía por primera vez en dos años, abandonó la casa corriendo. Su madre fue tras ella y la llamó.

—¡Nicoline! ¿Adónde vas? ¡Hija, no cometas un error! ¡Regresa aquí!

Pero Nicoline siguió corriendo. Su cabello se desató y su pollera blanca salpicó espuma. Corrió sin dejar de sonreír. Corrió y corrió hasta llegar a la choza donde vivía el hombre con el que iba a casarse pocos días después.

Ivar la vio llegar y salió a su encuentro.

—¿Qué sucede? —preguntó con asombro, porque la muchacha nunca había ido a visitarlo.

—Ocurre... —Nicoline respiró intentando calmarse—. Ocurre, amigo mío, que deberás perdonarme.

—¿Perdonarte? ¿De qué hablas?

—No habrá boda. No voy a casarme contigo ni con nadie. Solo me casaré con Enok.

—¡Has enloquecido!

—No estoy loca —dijo Nicoline—. Hallé esto en la panza del pez diablo. ¡Mira!

La joven mostró el anillo de nácar, el que ella misma había grabado, el que Enok llevaba puesto cuando se marchó.

—No es posible... —Ivar palideció.

—Pues aquí está —Nicoline colocó el anillo en el dedo mayor de su mano izquierda, junto al que ella seguía llevando.

—Enok no ha muerto —dijo con seguridad—. Y yo voy a esperarlo el tiempo que haga falta.

—No volverá —Ivar hablaba para sí mismo—. El pez diablo debió comer su mano.

—El mar ama a Enok tanto como yo, sería incapaz de dañarlo. No sé decirte dónde está. Si en el país de los vivos o en el país de los fantasmas. Pero sea como sea, vendrá a buscarme.

Lejos de allí, en una canoa de niebla, un joven bello y pálido sonrió. Luego se perdió detrás del oleaje.



El río estuvo allí (Historia en el curso medio)

Nuestro convento, piedra sobre piedra, está muy cerca del río Paraná. Cerca significa que puedo verlo desde el campanario, que a pesar de la sordera en mi oído izquierdo lo escucho por las noches, y que puedo olerlo si el viento llega del este. El viento del este, debo decir, hace crujir mis rodillas. “¡Suenas como una carreta!”, gritan los monjes jóvenes, y ya ni siquiera puedo correrlos. Ni siquiera... Pero no estaba hablando de mis huesos sino del río. Años atrás, cuando era yo quien me burlaba de los reumas ajenos, caminaba cada tarde hacia la orilla y allí me quedaba hasta el atardecer. Ahora

soy un anciano y me conformo con ver el río desde lejos. Más que verlo, lo escucho. Más que escucharlo, lo adivino.

Tengo muchos recuerdos de esos años. Pero hay uno que todavía me toca el hombro para sorprenderme. Es el único recuerdo que no se hizo viejo conmigo. Los recuerdos crecen, cambian y envejecen con las personas. Sin embargo, siempre hay uno que permanece idéntico en nuestros corazones. Ese es, creo yo, el más valioso.

El mío es un recuerdo al óleo.

Comenzaba el año 1813. Por esos días, y a pesar de lo mucho que apretaba el calor, estaba prohibido bajar al río. Don José había sido terminante: nadie, por ninguna causa. Excepto los vigías.

Una tarde, amparado en los derechos que me daban mis hábitos de monje, tuve la osadía de preguntarle si me permitía caminar hasta la orilla.

—¡Qué ideas, padre, ir a mojarse las patas en un campo de batalla!

Era difícil imaginar, para los que pasábamos los días entre oraciones, que aquellas orillas calmas y

llenas de aves serían en poco tiempo un jardín de muertos.

Pero no es sobre don José que quiero contar sino sobre una aparecida que anduvo rondando el convento en los días previos a la batalla.

30 de enero, 1813

El amo lo había donado al ejército libertador junto con otros negros, algunas mulas y joyas de su señora esposa. Era uno entre los muchos que esperaban en el convento, frente al río Paraná, la primera batalla de sus vidas.

Juan Bautista Cabral se echó bajo las estrellas y se durmió recordando la hacienda correntina que, esa noche, le parecía tan lejana. Por suerte estaba el río. Si lo remontaba, podría llegar al arroyo donde Adela lavaba ropa. El negro Juan Bautista y su pasado estaban unidos por un río.

Cuando abrió los ojos, el campamento entero dormía. Algo lo había despertado, que no era sed ni toque de clarín. Era un fuerte perfume a laurel. Juan Bautista se incorporó. La noche clara plateaba el convento; los

negros, que habían conseguido la libertad de morir peleando, dormían en paz.

Un movimiento llamó la atención de Juan Bautista. ¿Era una mujer o era puro color celeste? ¿Era una túnica liviana o eran pasos? El negro Juan Bautista se levantó de un salto y corrió entre sus compañeros dormidos. Era ágil, estaba descalzo. La figura de bruma celeste avanzaba sin ruido. Juan Bautista también. Alrededor del convento había muchos árboles añosos. Entre ellos, aquí o allá, se desvaneció aquello que Bautista perseguía. El negro clavó sus ojos en la noche pero ya no pudo ver nada. Aspiró hondo sin suerte, porque la aparición se había llevado consigo el perfume a laurel.

Una línea de sangre separaba el Paraná del cielo.

31 de enero 1813

Era el atardecer. La hora en que peor mordían los mosquitos.

Don José se acercó a un grupo de soldados negros que comían en unas escudillas de metal. Todos ellos quisieron ponerse de pie, pero el jefe los detuvo.

—Ahí nomás... Yo me siento. —Y agregó—: ¿Se deja comer ese menjunje?

“Sí, general”, fue la respuesta de muchas voces tímidas.

—¿Quiénes tienen hijos? —preguntó de improviso don José.

A pesar de ser muy jóvenes, muchos alzaron la mano.

—Y si no tienen, los van a tener... ¡A ver si no se olvidan que están acá por ellos! Es cosa cierta que la esclavitud trae esclavitud, y que la libertad trae libertad.

Juan Bautista Cabral recordó al pintor que había visitado la hacienda, los golpes en el rostro de Adela.

—¿Acá hay algún correntino?

—Yo, señor —respondió Juan Bautista.

—¡Vamos a enseñarles que somos los más corajudos!

José de San Martín aplastó un mosquito en su antebrazo. Enseguida se levantó, murmuró un saludo, y se fue. Ninguno, excepto Juan Bautista Cabral, vio que sus botas dejaban un rastro de color verde.

Un poco después, cuando los demás se marcharon, el negro Cabral siguió las huellas de don José. Los pasos lo

llevaron directo hasta la zona de árboles viejos. Y lo mismo que había pasado con la aparición, el rastro del general se perdió de pronto.

1 de febrero 1813

El primer día del mes de febrero amaneció con niebla.

Esta vez no fue un perfume ni fue un color. Juan Bautista Cabral se despertó porque alguien lo llamaba. Y no era alguien cualquiera, era Adela. El negro conocía esa voz; había crecido escuchándola. Adela lo estaba llamando. Y por ella, Juan Bautista desobedeció la orden de no acercarse al río.

La niebla lo ayudaba en su cometido. Y al fin, ¡qué podía pasar más que una reprimenda! Mandarlo de vuelta a la hacienda, eso nunca iba a suceder. No era cuestión de andar perdiendo soldados así como así.

Adela repetía con ansiedad el nombre del esclavo que había crecido, igual que ella, en una estancia correntina.

Más que andar, Juan Bautista corrió, abriendo la niebla con las manos. De pronto, la orilla estaba ahí. Y Adela lava-

ba ropa. Pero ella no estaba con su traza de esclava sino con aquella túnica celeste que el pintor le había puesto.

El negro Bautista se detuvo en seco. Adela se dio vuelta.

—¡Llegaste, Bautista! —dijo.

Sonrió la esclava y se puso de pie.

—Mirá lo que estoy lavando.

Era la camisa de Cabral, manchada con sangre.

Juan Bautista caminó hacia Adela. La niebla se abría y se cerraba. Se abría, y allí estaba Adela vestida con una túnica celeste; se cerraba, y Adela se iba... Cuando, por fin, Juan Bautista estuvo junto a ella, pudo ver que la muchacha tenía el cabello chorreado de color verde.

—¿Viste? —dijo Adela—. Todavía me faltan los laureles.

Fue esa mañana neblinosa cuando tropecé con él. Era un soldado negro y venía corriendo del lado del río, con los ojos desorbitados. Lo primero que me vino a la cabeza fueron los españoles. Estarían desembarcando y el pobre hombre tenía miedo.

—Ánimo —recuerdo que le dije.

Pero entonces, el soldado empezó a hablar y nada dijo de españoles ni de miedos.

—Vi a Adela, estaba lavando ropa en la orilla, pero no ella sino la pintura que el amo Luis me mandó tirar al arroyo...

Temí por su cordura. Y me pareció piadoso hacerlo entrar conmigo a la cocina del convento y darle una taza de mate cocido. Cuando estuvo un poco más tranquilo, me senté frente a él.

—¿Cómo te llamás?

—Juan Bautista Cabral.

—¿Y de dónde venís?

—Como el general don José. De Corrientes.

—Contame, muchacho, qué cosa te traía con los ojos afuera.

Entonces, aquel soldado me contó la historia de una hacienda y un pintor que había ofendido al amo. Que aquel pintor no había alcanzado a terminar la corona de laureles. Que había sido su culpa por abrir la boca con la cocinera. Y que el arroyo se llevó todo hacia el Paraná.

—Ajá —dije, fingiendo una comprensión que estaba lejos de tener.

—Y ahora encontré a Adela en la orilla del río. —El negro alzó sus ojazos y me miró con lágrimas—. A lo mejor me muero, padre. Pero, ¿sabe qué?, si les ganamos a estos realistas, voy a estar muerto y contento.

Por monje, por viejo, por español que aprendió a amar esta tierra, o por lo que se quiera, lo cierto es que mi corazón quedó apretado después de ese encuentro. Y el rostro del moreno correntino volvió a mi cabeza muchas veces durante ese día.

El 3 de febrero tuvo lugar el combate, tan breve como diez padrenuestros. No sucedió como el general don José lo había planeado, porque los realistas desembarcaron más lejos de lo previsto.

Pero así fue. Y las tropas regresaron al convento con una victoria y muchos heridos.

Andaba yo con otros monjes en el comedor del convento, donde habíamos acomodado a los soldados que

necesitaban atención. Hacíamos curaciones o bendecíamos, según los casos. Ahí mismo escuché de un soldado que, al parecer, había salvado la vida de don José. Me indicaron cuál era y me acerqué a verlo.

Ahí estaba; era el muchacho del mate cocido y la extraña historia.

De inmediato comprendí dos cosas. La primera, que se moría. La segunda, que deseaba hablarme. Me agaché hasta poner mi oído cerca de su boca.

—Adela —musitó—. Adela vino a buscarme.

Mientras yo alzaba la cabeza, el moreno exhalaba por última vez.

Los que estaban presentes quisieron saber qué me había dicho. Y a mí, ¡Dios me perdone!, no me pareció bueno repetir sus delirios. En cambio, recordé lo que aquel soldado me había dicho en la cocina. Y elegí esas palabras.

“Me muero, padre. Pero ganamos, y estoy contento”.

Por años, caminé cada día hasta la orilla del río, esperando ver una lavandera vestida con túnica celeste.



Agua del desierto

I

—Se equivocan quienes dicen que el amor es cosa del pasado. ¡El amor, hija mía, es cosa del futuro! De un futuro que aún está muy lejos.

—No comprendo, padre.

—Lo diré de otro modo... ¿Quiénes pueden poner el amor por delante a la hora de tomar grandes decisiones? Pues aquellos que tienen todo lo demás solucionado. Pero es imposible, pequeña mariposa, pensar en el amor cuando la miseria nos asecha.

—Pero, padre, ¿por qué hablas de miseria? ¿Somos miserables nosotros que poseemos palacios, salares, tierras...?

—Ya, ya, ¡no sigas! Tener, tenemos. Y miserables no somos. Pero la riqueza y el poder deben defenderse con buenas alianzas y actos inteligentes. De lo contrario, otros engullirán nuestros tesoros. Y antes de lo que imaginas, estaremos mendigando en la puerta del templo.

—¡Yo no quiero eso, padre!

—Entonces, pequeña Natsuko, deberás dejar a un lado el amor y pensar en realizar una boda que aumente nuestra fortuna.

—Lo haré encantada.

—Siempre supe que mi hija era un ramillete de luz.

—¿Y con quién debo casarme, padre?

—Por insistencia de tu madre, que ha leído demasiados haikus de amor, te presentaré dos pretendientes. Ambos son grandes en fortuna y nombre. El primero, de nombre Iván Gregori Ivanovich, es el magnate del hielo, en la Siberia rusa.

—Padre, allá hace demasiado frío.

—El frío se derrite con el amor.

—Pero me dijiste que amor no habría.

—¡No seas impertinente, Natsuko mía, florcita de cerezo!

—Perdóname, padre.

—Bien. El otro es un príncipe africano, se lo conoce como el magnate de la pesca.

—El pescado me provoca náuseas, padre mío.

—Ah, no temas. No estarás obligada a comerlo.

—¿Cuál es su nombre?

—Kenti Obatalá.

—¿Y cuándo los conoceré?

—Muy pronto. Iván conoce nuestra lengua. Kenti Obatalá vendrá con intérprete. Ahora ve a visitar a tu madre a sus habitaciones.

—Gracias, padre.

II

—Dijo mi padre que pronto vendrán los dos pretendientes, y que ambos poseen fortuna y poder.

—Natsuko, ¿crees que eso te hará feliz?

—¿Por qué no, madre?

—Me casé con tu padre por las mismas razones por las que tú te casarás ahora.

—¿Y no es lo mejor que pudo suceder en tu vida?

—Tal vez. Pero si piensas en el amor...

—El amor es cosa del futuro, madre. Nosotros debemos ocuparnos de no quedar mendigando en la puerta del templo como monjes pobres.

—¿Tu padre dijo eso?

—Desde luego. Mi padre es brillante. Ojalá alguno de mis pretendientes se le parezca.

III

—Es un honor conocerte, bella Natsuko.

—Es un placer conocerte, Iván Gregori Ivanovich.

—Me habían hablado de tu belleza pero nunca la imaginé tan majestuosa.

—Tú, en cambio, no eres bello. Pero eres rico y poderoso, lo dijo mi padre.

—En efecto, lo soy.

—Y dime, Iván Gregori, ¿qué me ofreces?

—Suavidad, ternura, pasión y...

—Pregunto qué me ofreces para que no acabemos mendigando en la puerta del templo.

—La inmensa fortuna de tu padre haría imposible que tal cosa ocurriera, Natsuko.

—Sí, lo sé. Pero la riqueza debe sostenerse con buenas alianzas.

—¡Eres inteligente, además de hermosa!

—¿Entonces?

—Escucha, me llaman el magnate del hielo porque poseo y controlo todas las cumbres. De las cumbres manan los ríos en verano, cuando la tundra se deshíela. Cada habitante de la llanura debe pagarme buenos tributos para usar agua en sus sembradíos y para sus tropillas de renos... ¿Lo comprendes, Natsuko? Soy el dueño del agua y eso es lo mismo que caminar sobre pisos de diamante.

—Pensaré en eso. Adiós, Iván Gregori.

—Adiós, bella Natsuko. Y ojalá tu corazón sea para mí.

IV

—¿Qué dijo tu señor, buen intérprete?

—Mi señor dijo que es usted más agraciada de lo que había imaginado. Y que ansía llevarla con él a la tierra donde vive.

—Dale las gracias. Y pregúntale cómo hará para evitar que acabemos mendigando en la puerta del templo.

—Dice mi señor que no comprende.

—¿No comprende? Entonces pregúntale cuántas y cuáles son sus riquezas.

—Mi señor, Kenti Obatalá, dice que lo llaman magnate de la pesca porque posee un centenar de barcos, grandes y pequeños, que cada día se internan en el mar y traen pescado para muchas ciudades y reinos. Dice que posee la mayor colección de perlas naturales que se haya visto; cosechadas del mar por sus Tiburones.

—¿Tiburones?

—Así le llaman a los hombres que se sumergen en busca de ostras.



—Dile, buen intérprete, que pensaré en eso.

—Responde mi señor que espera ser el elegido. Y se despide.

V

—¡Natsuko!

—¿Por qué me llamas como si fueras mi pariente? No olvides que eres, apenas, el intérprete de Kenti Obatalá.

—Pido perdón por mi atrevimiento. Pero este humilde intérprete desea advertirle algo.

—¿Tú? ¿Advertirme?

—Si me permites, te lo explicaré mejor.

—Está bien. Te lo permito porque eres un hombre mayor y pareces inofensivo.

—Nací y crecí en un feroz desierto africano. Allí aprendí que el amor, como el agua, es un bien precioso. La verdadera riqueza no es poseer lo que sobra, sino lo que escasea. Tus pretendientes te han hablado de abundancia, de opulencia. Pero el amor, escaso como el agua

en el desierto, es el único tesoro que te hará dichosa. En el desierto abunda la arena, somos ricos en arena. Pero solo nos hace felices descubrir un oasis, aunque sea pequeño como la palma de una mano. No olvides, el amor es el agua de la vida.

VI

—¡Madre, madre!

—¿Qué ocurre, Natsuko? ¿Por qué estás tan agitada?

—El intérprete de Kenti Obatalá me detuvo en el jardín de rosas blancas. Y me habló.

—¿Qué te dijo?

—Puras tonterías acerca del amor y del agua.

—Si lo deseas, puedes repetir las.

—Que nació en un desierto africano, y que aprendió que el amor es como el agua. Y que la verdadera riqueza es poseer lo que escasea y no lo que sobra. Me dijo, también, que el amor es el único tesoro que me haría dichosa. Y bla, bla, bla...

—¡Qué hombre maravilloso!

—¿Le llamas hombre maravilloso a ese tonto que acabará mendigando en la puerta del templo?

—Dime, hija mía, ¿qué edad tiene?

—Bah, es tan viejo como tú.

VII

—¡Padre, padre!

—¿Qué ocurre, flor de manzano? ¿Por qué estás tan agitada?

—El intérprete de Kenti Obatalá me detuvo en el jardín de rosas blancas. Y me habló.

—¿Qué te dijo?

—Cosas acerca del amor y del agua.

—¡Quiero que, de inmediato, las repitas!

—Que nació en un desierto de África, donde el agua es escasa como el amor. Y que el amor es el único tesoro, y bla, bla, bla...

—¡Qué hombre tan estúpido!

—Eso mismo pensé yo, padre.

VIII

—Eres tú el intérprete de Kenti Obatalá, ¿verdad?

—El mismo, señor.

—¡Tú hablaste con mi hija en el jardín de rosas blancas para llenar su cabeza de estúpidas ideas sobre el amor!

—Lo hice, sí.

—Pues ahora vendrás conmigo y se lo diremos al mismísimo Obatalá para que tome medidas.

—Como guste.

IX

—Dile a Kenti Obatalá que yo, padre de la bella Natsuko, estoy muy extrañado de que haya traído consigo un intérprete tan estúpido.

—Pregunta el señor Kenti Obatalá por qué considera usted que el intérprete que ha traído consigo es un hombre estúpido.

—Dile que así lo considero porque osó hablar con mi pequeña Natsuko para llenar su cabeza de ideas absurdas.

—Pregunta el señor Obatalá cuáles son esas ideas.

—Dile que tú dijiste... Mejor, dile que el intérprete dijo que lo único valioso es el amor. Agrega que, si Natsuko le diese crédito a esas palabras, jamás se desposaría con él.

—Dice el señor Obatalá que, en verdad, su intérprete es estúpido. Y que le hará pagar su atrevimiento.

—Pregúntale qué hará con él.

—Dice el señor Obatalá que ahora mismo lo encerrará, y así lo mantendrá hasta el viaje de regreso. Y que una vez en su tierra, lo hará decapitar.

—¿Obatalá te hará decapitar?

—Eso acaba de decir.

—Dile que me parece una gran idea.

X

—Natsuko, no debes permitir que le corten la cabeza al buen intérprete, cuyo único crimen fue hablar de amor.

—Yo no voy a cortarle la cabeza, madre.

—Pero puedes impedir que Kenti Obatalá lo haga con solo pedírselo.

—No lo creo, madre. Además, ¿para qué quiere vivir el intérprete si, de todos modos, acabará mendigando en la puerta del templo?

—No tienes corazón.

—Tengo cabeza.

—Dime dónde está encerrado.

—¿Para qué quieres saber?

—Ordenaré que le lleven algo de pan y leche.

—Siendo así, y para que veas que tengo corazón, te lo diré. El intérprete está encerrado en el cobertizo viejo.

XI

—¿Quién eres, mujer?

—La madre de Natsuko.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo afuera un caballo veloz como el viento. En él, nadie te dará alcance.

—Eres una noble mujer, y tus ojos lucen como estrellas. Pero no logro saber si hablas o desvarías.

—No desvarío. He pasado la vida entera sin la luz del amor. Tú puedes entender eso.

—Puedo entenderlo, sí. Pero no comprendo por qué vienes a liberarme.

—Porque nunca escuché hablar acerca del amor con tanto acierto. Porque tú le pusiste palabras a mi pensamiento: el amor es como el agua en el desierto, cosa de vida o muerte.

—Me alegra, mujer, que mis humildes palabras hayan llegado a tu corazón.

—¿Tú amas a alguien?

—Amé mucho a una mujer que murió en mis brazos. Ahora busco amar.

—Buen intérprete, ya no hay tiempo. ¡Vete! Sube al caballo y galopa hacia tu desierto. En las alforjas encontrarás alimento y algunas monedas para el camino.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Te quedarás aquí, resignada a vivir sin amor?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Eres tan prisionera como yo. Ven conmigo, te llevaré al desierto. Y allí, donde el amor es venerado como el agua, encontrarás tu felicidad.

—¿Me llevarías contigo, a tu desierto?

—Mi desierto será un oasis de agua cristalina si tú estás ahí.

XII

—¿Es cierto lo que dicen los sirvientes, padre?

—Desdichadamente, lo es.

—¿Por qué mi madre hizo tal cosa?

—Porque siempre fue una mujer estúpida.

—¿Estás apenado?

—¿Cómo crees? Es buena oportunidad para realizar otra boda. ¡Esta vez, buscaré una mujer más rica de lo que era tu madre!

—Me parece bien.

—Hay algo más, Natsuko.

—Dime, padre.

—Tú debes saber... Las leyes de este país son muy estrictas. Si quiero desposarme otra vez, debo repudiar a mi anterior esposa. Y no solo a ella sino a toda su descendencia. ¿Sabes quién es su descendencia?

—Es posible que sea yo.

—En efecto, tierna mariposa. Tendré que repudiarte y enviarte a un templo para que sirvas por el resto de tu vida.

—Pero, padre... ¿Y Kenti Obatalá? ¿Y el magnate del hielo, Iván Ivanovich?

—Ah, ambos partieron esta madrugada. Desde luego no quieren desposar a una hija repudiada. Lo lamento, Natsuko. Hoy mismo te llevarán al templo que está en la cima del monte. ¡Y no llores! Por favor, ¡no derrames lágrimas! No lo soporto.

—Padre, por piedad.

—Me fastidia verte llorar. Adiós, Natsuko.

—Padre, ¡vuelve!

—Adiós.

—¡Padre, por piedad! ¡Padre, escúchame! ¡Padre!

XIII

—Un poco de agua, por piedad. ¡Un sorbo de agua...!

—¿Por qué esa mendiga pide agua si allí mismo hay un pozo donde puede beber?

—Dicen que ella abandonó el convento donde servía. Y desde entonces está aquí, pidiendo agua.

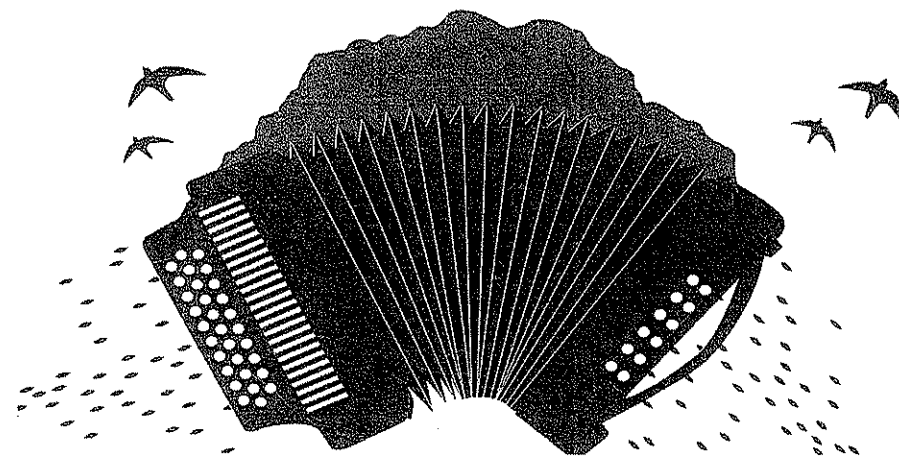
—Pobre mujer, ¡miserable y sin cordura!

—Pobre, en verdad.

—No dejo de preguntarme qué significará el agua para ella.

—¿Quién puede saberlo?

—Un poco de agua, por piedad. ¡Un sorbo de agua para esta desdichada! Apenas un sorbo, para mi corazón.



Ploaie

La lluvia no es solo cuestión de milímetros caídos.

No llueve igual sobre un techo de tejas que sobre un techo de nailon. La lluvia no es la misma si corre, bienhechora, por los surcos recién abiertos o si se revuelve en calles barrosas. Por eso digo que la lluvia no solo es cuestión de milímetros caídos, sino de consecuencias.

Lo escribo en español, pero lo pensé en rumano.

Mi vida comenzó en un campo de maíz. Cada atardecer, mi abuelo Dumitri se sentaba a cantar acompañado por su acordeón.

“Atunci când plouă
trebuie să cânte mare.”

—¿Y eso qué significa?

—Cuando llueva tú debes cantar alto.

—¿Te acordás cómo sigue? —me preguntó Mariana.

—Claro.

¿Cómo no iba a acordarme? Mi abuelo Dumitri era un gran músico, y me enseñó a tocar el acordeón sobre sus rodillas. Aquellas clases, en la intemperie dorada de un campo rumano, fueron las que me salvaron la vida.

Pero Dumitri murió una tarde, mientras sonreía. Y a partir de entonces, las cosas cambiaron, rápido y para mal. Mi mamá, mis dos hermanos menores y yo nos mudamos a la capital. Del dorado al gris, del maíz al cemento. Cierto que no estábamos solos en la pobreza... Muchos, en mi patria, emigraron, apretujados en barcos pequeños, entregados o vendidos. Pero eso, ¿a quién consuela?

Fue por ese entonces que el señor Ion Vaduva apareció

en nuestras vidas, susurra que susurra a oídos de mi madre. Desde el principio, supe que Ion Vaduva era un traje lleno de estiércol, un escorpión con nombre humano. Pero Ion Vaduva convenció a mi madre para que viniéramos a Buenos Aires.

—Con tres niños lindos habrá plata enseguida. Unos pocos meses y te vas a acomodar.

Mi madre no pronunció la palabra *mendigos*, pero yo tenía trece años y la leí en los labios de Vaduva.

—¿Por qué tu mamá aceptó eso?

Había reproche en el tono de Camilo, y yo me enojé.

—Es que ella es muy... es... —Cuando los sentimientos son fuertes regreso a mi lengua natal— *slab, naiv. Débil, ingenua* —aclaré.

Durante todo ese invierno, el señor Ion Vaduva hizo su trabajo.

—Si viviera tu marido, Corina. Pero estás sola.

De a poco, Vaduva comenzó a mencionar su negocio. Siempre con voz melosa, moviendo sus manos

como un mago. Nada por aquí, nada en Rumania, ¡un hermoso futuro en Buenos Aires!

Claro que, hasta cubrir los gastos de los pasajes en avión, íbamos a tener que darle la mayor parte de las ganancias a su socio en Argentina.

Después, la lista se amplió.

Pasajes.

Gastos para conseguir visas de turistas.

El primer mes de alojamiento en Buenos Aires.

Ropa decente para viajar.

Corina, mi madre, dijo que sí. Y de inmediato, la trampa que cruzaba el mar se cerró sobre nuestros destinos.

—Dale, cantá de nuevo la canción de la lluvia.

—Ploaie —aclaré.

—Ploaie. —A Mariana le gustaba aprender palabras en rumano.

—¿Con acordeón? —pregunté.

—Sí —dijo Camilo—. Con el acordeón de tu abuelo.

Aterrizamos en el aeropuerto de Buenos Aires una tarde de lluvia. *Ploaie*.

Recuerdo bien la sensación de agarrar a mi madre de la mano mientras esperábamos el equipaje. Era una mano de esqueleto de niña, puro huesos y frío. Me miró y quiso sonreír.

—Llegamos, Petrica.

Ella siempre usaba el modo familiar de mi nombre: Petrus.

Pasamos los controles. Era claro que nadie creía que éramos turistas, pero los papeles estaban en regla. Las miradas hostiles recaían sobre mi madre. Las recuerdo. Eran miradas que decían “¿No te da vergüenza?”. Hay un solo idioma para los ojos.

—¿Y el tipo que los esperaba? —preguntó Mariana, que parecía pensar todo como una película.

Más que un hombre, nos esperaba un cartel escrito en rumano.

Llovía.

“Familia Ardelean”, decía el cartel.

—¿Familia? —preguntó Camilo.

—Se dice igual. Muchas palabras se dicen igual.

Eso desencantaba a Mariana.

El único comentario que hizo aquel hombre fue sobre mi acordeón. Dijo que era un instrumento muy bueno y muy caro. Que no me hacía falta para tocar en la calle. Que si queríamos él se encargaba de venderlo y comprarme otro más barato. Debió ver mis ojos, debió entender que ese era un límite infranqueable, porque no insistió más.

El hombre nos llevó a una pensión. La habitación en la que íbamos a quedarnos es lo más triste que me pasó en la vida. La lluvia no dejaba de caer. *Ploaie*. Ese hombre no tenía la obligación de sonreír y actuar como un mago... La trampa había caído y nadie es amable con sus presas. También era rumano, pero eso no fue mejor para nosotros. Preguntó unas pocas cosas. “¿Quién va a tocar el acordeón?” Mi madre me señaló. Y yo intenté contarle que mi abuelo me había enseñado, que sabía hacerlo bien. No me escuchó. Llovía.

En seguida se sentó en la cama, sacó del bolsillo de su campera una hoja de papel y la estiró sobre sus rodillas.

—Escuchen bien. Estas son las palabras que van a decir: “Por favor. Perdimos todo. Somos refugiados”. A ver, repitan.

Por favor, perdimos todo, somos refugiados, por favor, perdimos todo...

Mariana me acarició el brazo.

Aquel hombre siguió hablando.

—Yo los voy a dejar en una esquina y de ahí no se mueven. ¿Entendieron? ¡No se mueven! A la noche vuelven acá y yo paso a buscar nuestra parte. Él toca el acordeón, los demás estiran las manos. La calle se llama Florida. —Y agregó—: ¡Mejor que empiecen ahora!

Recién llegábamos. Mis dos hermanitos tenían hambre y sueño. Llovía.

—Mejor —dijo el hombre—. Si llueve dan más lástima.

Mi música no era para dar lástima. La música que mi abuelo Dumitri me había enseñado era para alzar la cabeza

al cielo, como los campesinos. Le rogué a mi madre que volviéramos a Rumania. Ella se puso a llorar, como la lluvia.

—*Pero, al final...* —*Mariana puso su mejor cara de alegría—. ¡Bien por el abuelo Dimitri!*

—*Dimitri —corregí.*

—*Eso, Dimitri.*

Si hubiera un túnel por el cual las personas llegaran al mundo, ese túnel sería la calle Florida. Gente de toda clase pasa por allí: con colmillos, con apuro, con gracia, taconeando o arrastrando los pies. Si hubiese un túnel, sería la calle Florida cuando llueve.

Ploaie.

Vi a mi madre transformarse, poco a poco, en mendiga. La vi extender la mano y dejarla allí, pidiendo sola, mientras ella se iba con el pensamiento a un campo de Rumania, cuando el maíz iluminaba los días y mi padre estaba vivo. Mis dos hermanos menores andaban por ahí, y a cada rato corrían a la pizzería donde les daban algo para comer.

Día a día, lluvia a lluvia... La calle Florida nos roía el alma. Para defenderme, yo cantaba siempre la misma canción.

“Atunci când plouă
trebuie să cânte mare.”

Una vez se paró un hombre y estuvo escuchando un rato largo. Después se acercó a mi madre.

—Su hijo es un gran acordeonista —dijo.

Mi madre extendió la mano un poco más.

—Voy a hablar con alguien para que venga a escucharlo. —Y se fue sin dejar limosna.

Mi madre masculló un insulto en rumano, *¡rahat!*, porque la calle no pasa en vano. Y enseguida olvidó la promesa. Yo, en cambio, me quedé esperando. Esperé durante muchos días, muchas lluvias, pero el hombre nunca volvió. *Ploaie*. Tal vez por eso recuerdo esos años como si siempre hubiese llovido.

Tal vez por eso, canté cada día la misma canción.

“Atunci când plouă
trebuie să cânte mare.”

—¡A ver! Decila en español —pidió Camilo.

—Cuando llueve tú debes cantar alto.

Sembraste una pena y ahora va a florecer.

Cuando llueve, descálzate y sonríe.

¡Y llueve tú también!

—Qué lindo —dijo Mariana y repitió—: *Llueve tú también.*

—Che —Camilo tenía los ojos iluminados—, ¿y si la rockeamos?

El acordeón que mi abuelo me había heredado y su canción preferida, "Ploaie", me salvaron. Nunca fui un mendigo en la calle Florida, siempre fui un campesino rumano esperando el amanecer. Me aferré a esa canción esperanzada, y desde ella resistí. Ya no le decía a mi madre que volviéramos a Rumania; había entendido que la deuda con Ion Vaduva era interminable. Entendí que el mar no tenía retorno. Pero gracias a una canción lluviosa, nunca bajé los ojos.

—Es verdad —recordó Mariana—. *Me acuerdo cómo nos miraste el día que nos acercamos para hablarte.*

—¿Cómo los miré? ¿Con rabia?

—No era rabia... *Era eso que explicás ahora* —dijo Camilo—. *Se notaba que estabas agarrado de algo y no querías soltarlo.*

—Ahora sabemos que Petrica se agarraba de la lluvia —dijo Mariana.

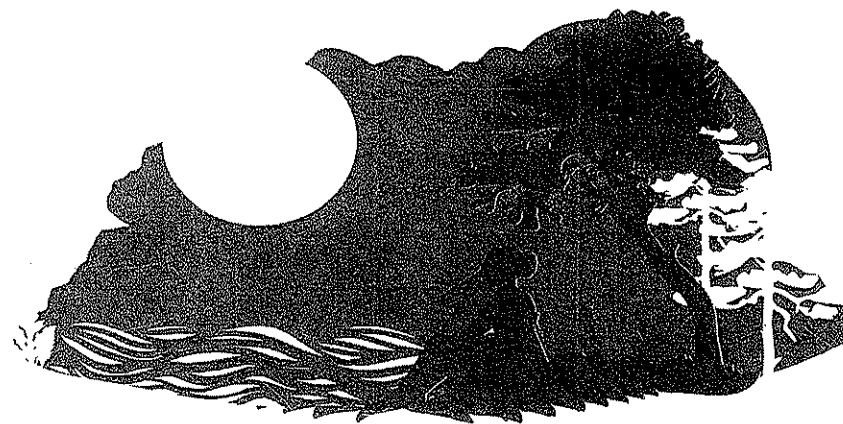
Llegué a Buenos Aires con trece años. Cuando estaba por cumplir los dieciséis conocí a Mariana y a Camilo. Los vi acercarse y me enojé. Que no se les ocurriera darme un sándwich. Eran de mi edad, y eso lo hacía peor.

Después supe que me llevaban un par de años, que estudiaban en la escuela de música y que el acordeón los había emocionado.

Por ese entonces, yo solo intentaba separarme de mi madre, que se notara que no éramos iguales, que yo no había vendido mis sueños. Corina, mi madre. *Slab. Naiv.*

En los buenos tiempos, ella era una flor. Pero la arrancaron de raíz y la arrojaron a una calle que no la entendía. Perdón, Corina, pero no tengo fuerzas para cargarte. Apenas puedo con mi acordeón y mis dos hermanos.

—Bueno, suficiente lluvia por hoy —dijo Camilo—. Vamos a ensayar que la presentación es en una semana. Ese fue el día que Mariana aprendió rumano. —Esti dragut —dijo.



El río estuvo allí (Historia en la desembocadura)

Marzo del año mil ochocientos setenta y uno. Cuarenta carros fúnebres recorren la ciudad de Buenos Aires levantando muertos.

El carnaval había acabado pocos días antes. Hubo quienes murieron con sus antifaces puestos, o arrojando un vómito amargo por las sonrisas de sus caretas. La peste bailó en las calles y advirtió que nadie estaba a salvo: pobre o rico, blanco o negro.

Ahora, Buenos Aires anda con pasos afiebrados, por calles desiértas y oscuras. Los ataúdes se apilan, porque la muerte es más rápida que la vida.

Los que no están enfermos, buscan culpables.

—¡Los esclavos! ¡Maldita la hora en que les dimos la libertad!

Y dan la orden de rodear el barrio de negros con un cordón de soldados, para impedir que sus habitantes salgan a desparramar la fiebre. Mejor que mueran allí, y que allí sean sepultados.

—¡Los italianos! Son los italianos que han venido en los barcos a comer nuestro pan.

Los inmigrantes son obligados a abandonar los conventillos donde viven. Y los conventillos arden con el fuego sanador.

—¡Los paraguayos! ¿A quién se le ocurrió traerlos como prisioneros de guerra?

Buenos Aires muere de peste. Y muere de miedo.

En el puerto, dentro del casco de un barco abandonado, dos mujeres y dos niños susurran. Durante el día el grupo se mantiene oculto, porque es mucho el movimiento de gente que huye de la ciudad. Por las noches, en cambio, salen a caminar a orillas del

río, bajo la luna caliente de ese verano.

—¿Cuánto tiempo podremos permanecer así? —dice la anciana.

—Nadie nos va a encontrar, abuela. Aquí estamos bien escondidos.

—Pero ustedes podrían irse lejos.

—¡Adela! —Cuando la mujer finge enojarse con su abuela, la llama por el nombre—. Mejor contanos algo.

—¿Qué les voy a contar?

—De cuando nació mi madre.

—Ya se lo conté muchas veces.

—Igual. A los niños les gusta imaginar la cara del amo Cabral cuando la cocinera te dio la razón.

—¿Ves? Conocen la historia mejor que yo misma.

—¡Por favor! —dijo uno de los pequeños.

Tanta es la luna que la noche, junto al río, parece un largo amanecer.

—Mi hija nació el 31 de enero de 1813. Lo tengo fresco en la cabeza... Yo estaba, como siempre, lavando a orillas del arroyo que cruzaba la hacienda de los amos. ¡Me acuerdo que todavía no habíamos recibido

la noticia de la muerte del negro Bautista! La cosa fue cuando tuve que estrujar una sabanota bordada porque ahí mismo, por la fuerza, me dio una puntada. Terminé la tarea y cargué la ropa limpia en el canasto. Cuando llegaba a la casa, el dolor me quitaba el aire. El parto fue el 31 de enero. El amo Luis dijo que había sido antes. Pero no señor, ¡fue el mismísimo 31! ¿Por qué mintió el amo? Pues, para que mi niña quedara a su servicio, como esclava. Esa tal asamblea dijo, bien claro, que libres serían los negritos nacidos desde el 31 de enero y para adelante. Mi hija tuvo esa suerte que el amo quiso arruinar. Yo lloraba. Pero el amo tenía un notario para asentar a mi niña como nacida el 30 de enero. El notario no era mal hombre y me miraba con ojos grandes. Entonces pidió testigos.

—¡Y ahí apareció la cocinera!

—Así fue. La cocinera de la hacienda me había ayudado a parir, y ella juró que había sido el 31 de enero por el mediodía. Así se hizo libre mi hija. Y ustedes lo son. ¡Bueno sería que ella, y no yo, estuviera aquí!

Cuando la noche andaba a medio camino, la mujer joven y los niños buscaron algunos pescados de los que

siempre dejaban caer botes. Comieron y luego entraron al casco abandonado para pasar otro día en silencio.

Soldados y vecinos intentaron separar el bien del mal, la salud de la peste. Pero la peste se reía de ellos y pasaba entre sus pies. Adela, su nieta y dos de sus bisnietos lograron huir del barrio donde vivían. Atravesaron la noche de Buenos Aires. Solo una vez se vieron obligados a ocultarse. Fue por un sacerdote que caminaba dando pasos largos, seguramente para bendecir moribundos.

Llegaron al río, al puerto. Buscaron. Encontraron un casco de barco y allí permanecieron. Llevaban una semana y media en su escondite, comiendo pescado y otros alimentos que desechaban los viajeros.

—Esta noche no los acompañaré al río —dijo la anciana—. Vayan solos.

—¿Qué te pasa, abuela? —El rostro de Francisca se desencajó.

—No tengas miedo, m'ijita. No es el mal amarillo...

—murmuró Adela—. Puro cansancio de vieja esclava.

—No sos esclava, abuela.

—Cierto. A veces me olvido.

—Hoy hacemos al revés. Yo voy a contar para que vos te duermas.

—Eso me gusta.

La nieta de Adela se sentó junto al camastro que habían improvisado y contó lo que muchas veces había escuchado de labios de su abuela. Los niños atendieron con seriedad.

—Fue en el cincuenta y tres. Vos tenías sesenta años, más o menos, porque nunca supiste bien. Ahí la libertad fue para todos. Yo era chica, pero igual me acuerdo del día que llegaste a Buenos Aires. Estabas contenta porque me habían puesto Francisca, por ese pintor que te hizo un cuadro cuando eras joven.

La anciana respiraba con la cadencia del sueño.

Francisca se levantó con cuidado, la besó en la frente. Después les indicó a los niños que la siguieran en silencio.

Francisca y sus dos hijos caminaron sin decir palabra.

El río andaba con ellos. El río de la Plata, que durante el día veía partir a las familias pudientes y por la noche contaba muertos, hubiera querido advertirles; decirles que estaban a punto de quedarse solos.

Francisca había heredado de su abuela la capacidad de soñar. Sentada en la arena sucia, eligió una nube para pensar que su madre y su padre, muertos a causa de la peste, estaban allí acostaditos, bien arropados, durmiendo en la gran casa del cielo.

Tan lejos llegó su sueño, que Francisca movió ligeramente la mano en un saludo. Los niños dormitaban, uno a cada lado de su cintura.

De pronto se levantó viento.

Como alertada, Francisca giró la cabeza en dirección al casco abandonado. Algo se acercaba por el aire, el viento lo traía. Francisca se quedó esperando, sin miedo alguno.

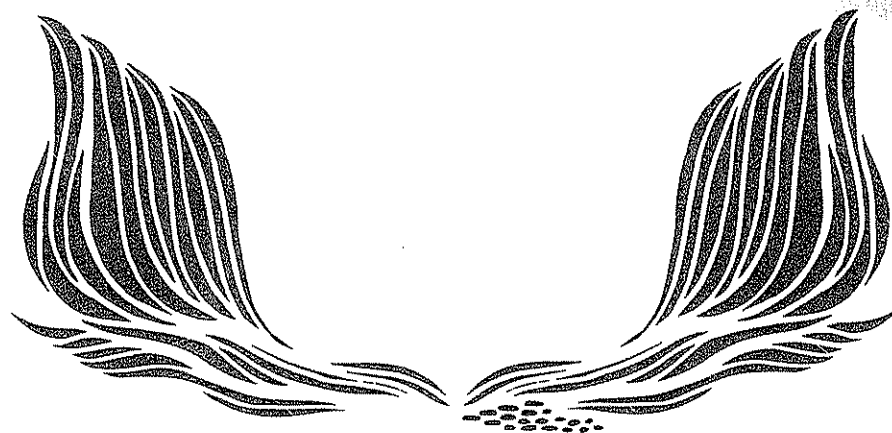
Una tela sedosa pasó ante ella, danzando; casi como un cuerpo invisible cubierto con una túnica celeste. Luego, siempre en manos del viento, se adentró en el

agua y se perdió. Quedó como rastro un intenso perfume a laurel.

Francisca despertó a sus hijos y comenzó a andar hacia el casco abandonado, segura de que Adela había dejado de penar.

Tres meses pasaron. El invierno se llevó la peste y hubo paz para los vivos y los muertos. Buenos Aires debía recomenzar. Francisca también. De pie ante el río, la joven apretó las manos de los niños y se prometió andar con la cabeza alta, como si llevara puesta una corona.

El río, que pasa y se queda al mismo tiempo, arrastró el dolor pero conservó el recuerdo.



Cuento en remolino

Rosaura corre como si quisiera llegar antes que el camino. Es día de fiesta y no tiene permiso de su madre. El camino promete llevarla hasta el barranco para ver, desde lo alto, el remolino. Se trata de un barranco desleal y de un remolino que mide siete brazos de oso. Barranco y remolino, prohibidos por las madres. Rosaura corre para que su mentira sea más corta. El camino prometió y cumplió, la llevó al barranco. Es domingo, día de desobedecer. Rosaura lleva una pregunta para que el remolino le responda. Llega, se acerca. Pregunta su pregunta: ¿Es cierto que tengo escrito un mal destino? Lo escuchó de boca de su abuela. ¿Es cierto que tengo escrito un mal destino?

Como el remolino no contesta, Rosaura inclina su pregunta
¿Es cierto que tengo escrito...? Pero allá abajo, el remolino
se enrosca en su sordera. Rosaura se asoma por la puerta
del vacío, un poco más, un poco... ¿escrito un mal destino?
Siete brazos de oso, el remolino no contesta nada. Rosaura
más se inclina, más se vuelca. ¿Es cierto, mal destino? El remolino es una ronda sorda que mide siete brazos. ¿Mal destino? Rosaura se resbala, se atrepiente. Se toma de unos juncos, es tarde y sin permiso. Remolino Rosaura remosaura remosau remo re ¡Mal destino!

Consigna

En un mundo lleno de prisas e intereses materiales, en el que la palabra ha perdido su significación y su valor, contar cuentos nos instala en otra dimensión. Nos aglutina con otros pueden influir a otros a través de sus relatos e instarlos a escuchar, a reflexionar, a cuestionar, intereses, nos compromete con otros objetivos y nos convierte en seres “peligrosos” que a imaginar un mundo mejor y a convencerse de que esto es posible.

Alicia Barberis

La presente consigna consta de varios “pasos” o procedimientos.

En primer lugar, **seleccionar** uno de los textos pertenecientes al libro trabajado en clase *Ondinas* de Liliana Bodoc. Segundo, es importante que a partir del texto elegido, **se ejercite** la capacidad de visualizar lo que se narra y la habilidad para manejar la voz con precisión durante el proceso de su lectura. Luego, **grabar** la propia lectura en formato audiovisual. Y por último, **subir** el archivo que registre esta lectura del texto literario al campus del Instituto.

Los **recursos expresivos y comunicativos** propios del narrador que se deberán tener en cuenta son: **códigos verbales** (Intencionalidad y matices de la voz, respiración y articulación correctas, ritmos adecuados: velocidad, duración, pausa) y **códigos no verbales** (ámbito o fondo, postura y movimientos, gestos y mirada).

Para completar la actividad, se deberá acompañar al archivo audiovisual un **texto de presentación**: nombre de la institución educativa, nombre y apellido del alumno/s, carrera que inicia, referencia al texto seleccionado y una breve justificación de su elección, tener presentes también aspectos formales como: tipo de letra (Arial 11), interlineado 1,5; margen izquierdo y derecho justificados



Bibliografía

Barberis, A. (2011). *Viaje hacia los cuentos. El arte de contar cuentos a los niños*. Bs. As.: Ediciones Colihue.

Barthes, R. (1974). *El placer del texto y Lección inaugural*. Madrid: Siglo XXI.